



# ¿Quién llegó a la Luna?

La conquista (y el desarrollo tecnológico)  
como relato épico

Marcelo Rodríguez  
Matías Carnevale  
Eduardo Wolovelsky



Libros del Rojas

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Rodríguez, Marcelo

¿Quién llegó a la Luna? : la conquista -y el desarrollo tecnológico- como relato épico / Marcelo Rodríguez ; Matías Carnevale ; Eduardo Wolovelsky. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Rojas, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-1862-32-0

1. Ciencias Sociales y Humanidades. I. Carnevale, Matías. II. Wolovelsky, Eduardo. III. Título.

CDD 306.46



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
CENTRO CULTURAL RECTOR RICARDO ROJAS

Rector: Dr. Alberto Edgardo Barbieri

Secretaría de Relaciones Institucionales, Cultura y Comunicación:

Lic. Paula Quattrocchi

Coordinadora General de Cultura: Lic. Cecilia Vázquez

Coordinadora Adjunta Administrativa: Mariana Ron



**Libros del Rojas**  
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Material producido por las oficinas de Publicaciones y Diseño del CCRojas -UBA

© Libros del Rojas

© Los Autores

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros medios sin el permiso previo del editor.

# ¿Quién llegó a la Luna?

La conquista (y el desarrollo tecnológico)  
como relato épico

**Marcelo Rodríguez**  
**Matías Carnevale**  
**Eduardo Wolovelsky**

# ¿Quién llegó a la Luna?

La conquista (y el desarrollo tecnológico)  
como relato épico

Marcelo Rodríguez

## Propiedad privada

El abogado y poeta chileno Jenaro Gajardo Vera (1919-1998) nunca llegó a la Luna, pero fue su legítimo dueño. Al menos eso dice un acta notarial fechada en la ciudad de Talca el 25 de septiembre de 1954, cuya copia puede verse en internet. En ese documento el escribano César Jiménez Fuenzalida certifica que el satélite natural de la Tierra, de 3.475 kilómetros de diámetro, lindante en cada uno de los cuatro puntos cardinales con el espacio sideral y llamado LUNA –las actas de escribanía tienen ese simpático detalle de registrar los nombres propios completamente en mayúsculas–, le había sido legado en herencia al doctor Gajardo Vera por parte de sus antepasados, poseedores de ella desde el año 1857, casi un siglo antes.

De esta manera, cuenta la historia –y permítanos aquí el lector cierta laxitud como de desperezamiento matinal a la hora de delimitar ficción y realidad, bajo promesa nuestra de no abusar de tal permiso–, Jenaro Gajardo Vera pasaba a contar con el último requisito que se le exigía para ser miembro del selecto Club Social de Talca: el de tener una propiedad inmueble. Tras el labrado del acta, Gajardo Vera publicó en el Diario Oficial su reclamo de propiedad –así se lo exigía la ley– para corroborar que ningún otro reclamase derechos sobre la Luna o alegase algún impedimento. Y como transcurrido el plazo nada de eso sucedió, no tuvo más que abonar el costo de los trámites de rigor para disfrutar a pleno de su posesión.

La impronta de hazaña romántica del gesto de Gajardo Vera no debiera inducir al error de pensar que a su autor sólo le interesase una relación *puramente simbólica* del hombre con las cosas del espacio exterior. De hecho, fue conocido además por ser uno de los miembros más activos de la Sociedad Telescópica Interplanetaria, entre cuyos principales cometidos

estaba la organización de un comité de bienvenida en caso de que la Tierra fuese visitada por seres de otros mundos. Para ser un soñador, era bastante espabilado: se cuenta que un día recibió la visita de los agentes del Servicio de Impuestos que, lógicamente, querían cobrarle por su latifundio lunar. “Con todo gusto”, les respondió cortés y amablemente, y les recordó que para eso no tenían más que hacerse presentes en su propiedad para tomar las medidas que permitieran calcular la tasa del impuesto como marcaba la ley, caso contrario (que era el más probable, por obvias razones) debía quedar eximido del pago.

Se cuenta también –y acá es necesario advertir que ya se ha traspuesto totalmente la barrera entre realidad y ficción, aunque la anécdota forme parte inescindible del mito de este personaje– que un día a comienzos de 1969, Jenaro Gajardo Vera recibió un escueto telegrama del agregado cultural de la embajada estadounidense en Santiago, cuyo texto decía:

Solicito en nombre del pueblo de los Estados Unidos autorización para el descenso de los astronautas Aldrin, Collins y Armstrong en el satélite lunar que le pertenece.

Firmado: Richard Nixon, presidente de los Estados Unidos.

Este mito –un mito que parece signado por el curioso detalle de los apellidos sin nombre– se acrecienta aún más con lo que habría sido la rápida respuesta de Gajardo Vera, en la que autorizaba en su dominio privado “el descenso de Aldrin, Collins y Armstrong” y, sobre todo, les deseaba a los tres un feliz regreso a su patria, “en nombre de Jefferson, de Washington y del gran poeta Walt Whitman”.

Pasemos, ahora sí, de ese terreno fronterizo del delirio a la realidad más pura y dura. En 1966, tres años antes de la caminata lunar de Armstrong, un grupo de coterráneos suyos de Ohio conformaron la Luna Society, que parceló virtualmente la superficie del astro y hoy, en su sitio web oficial –donde dicen contar con 20 mil socios de todo el mundo–, ofrecen acres de luna disponibles en el llamado “Lago de los Sueños” (*Lacus Somniorum*) y en el “Mar de la Tranquilidad” (*Mare Tranquilitatis*).

El Tratado del Espacio Exterior, suscrito por 98 países el 27 de enero de 1967, establece en su artículo 2º la “no apropiación” del mismo y su “uso con fines pacíficos”. El documento fue ratificado en 1984, momento

en que se declara a los objetos del Sistema Solar que están fuera de nuestro planeta como “Patrimonio de la Humanidad”. La llama encendida por aquellos audaces emprendedores de Ohio, sin embargo, no se apagó, y varios fueron los intentos de convertir en negocio la necesidad de algunos de sentirse legítimos dueños del astro que domina la noche, o de una parte de él, sin metáforas de por medio.

Uno de estos empresarios es el californiano Dennis Hope, quien habría logrado venderle una parcela al primo de un famoso conductor de la TV argentina. Este orgulloso comprador lo contaba ante las cámaras, ilusionado porque podría visitar su propiedad “en veinte años”. ¿Es en serio? Por supuesto, responde el personaje y explica que el vendedor ya lleva facturados trece millones de euros con el negocio, y además –agrega, recurriendo, por si hacía falta, a la cita de autoridad– “si Tom Cruise compró, no deben mentir”.

El final de la historia de Jenaro Gajardo Vera –orgulloso de haber sido tratado de loco pero nunca de estúpido por su pasión lunática– dice que, fiel a su vocación legalista, el chileno dejó escrito en su testamento:

Dejo a mi pueblo la Luna, llena de amor por sus penas.

## **Realismo socialista**

El hombre con su tecnología llegó a la Luna a los tumbos, o a los golpes, una década antes de la célebre caminata de Neil Armstrong. El 14 de septiembre de 1959 la superficie lunar recibió el impacto de la Lunik 2, una sonda de 390 kilos lanzada dos días antes a bordo de un cohete de la base aeroespacial soviética de Baikonur, en Kazajistán. Tres intentos anteriores habían fracasado, y la NASA venía intentando infructuosamente otro tanto con las sondas de su programa Pioneer. En el marco de la Guerra Fría, los soviéticos tomaron decididamente la delantera en la conquista espacial, con la puesta en órbita del Sputnik 1, primer satélite artificial, en 1957. Y en 1961, con la salida del primer hombre al espacio exterior.

“Hasta hace poco el hombre sólo podía imaginar el aspecto que ofrece el globo terráqueo visto desde el exterior; lo suponíamos azulado, cubierto por grisáceas capas de nubes, un tanto achatado en los polos. Estábamos adheridos a su superficie y ni los más intrépidos “saltos” de los aviones [...] podían aportarnos nada nuevo. Mas llegó la hora en que este

globo, bañado por los rayos del sol, fue examinado por los ojos atentos de un hombre”<sup>1</sup>. Tostadas por el tiempo más que amarillentas –se trata de un libro impreso en 1964–, las primeras páginas de *La ciencia al servicio del hombre*, de Oleg N. Piszarzhovsky, se inician con un relato “en versión libre” de la primera salida de un ser humano al espacio: el viaje de Yuri Gagarin a bordo del Vostok 1.

“Ante los ojos de Gagarin pasan veloces los continentes, y el cosmonauta busca en ellos los países del campo socialista, de los cuales es mensajero en el cosmos”<sup>2</sup>. El primer astronauta humano –sólo precedido en misiones tripuladas por animales– había estado entre los veinte pilotos de prueba seleccionados de la Fuerza Aérea Soviética para tal fin, y corrió la voz de que la decisión final para tripular el Vostok 1 recayó en él por tres motivos: su origen campesino (todo un emblema para una sociedad que se proclamaba igualitaria), su estatura –1,57m–, compatible con las reducidas dimensiones de la cabina de la nave, y su sonrisa, más amplia y fotogénica que la de su camarada Gherman Titov, quien pese a ser por mérito el favorito debió resignarse a la denominación oficial de “Cosmonauta Número Dos”. La proeza tecnológica era importante; el impacto publicitario no lo era menos.

También la tranquilidad del teniente primero Gagarin, de 27 años, resultó notable: en el momento del despegue, lejos de toda excitación, su corazón latía a sólo 64 pulsaciones por minuto, cuando cualquier ser humano normal en reposo acusa alrededor de 70. El Vostok 1 partió de Baikonur el miércoles 12 de abril, elevándose con dirección al sudeste hasta salir completamente de la atmósfera. Tres cuartos de hora después, se halla a la altura del Cabo de Hornos y se desprende la última etapa del cohete propulsor, dejando a la nave sujeta a su dispositivo de orientación automático que lo llevaría de regreso.

Piszarzhovsky se aboca en su relato a la figuración de esa primera experiencia humana en el cosmos, una soledad donde la única compañía admisible pareciera ser “la Humanidad” en abstracto. Gagarin solamente oye el latido de su propio corazón, un corazón que «está con los pueblos del continente que sigue su lucha por la libertad, que avanzan por la senda del progreso, arrollando a colonizadores y opresores». Todos los fenómenos de escala

---

<sup>1</sup> Piszarzhovsky, O., (1964) *La ciencia al servicio del hombre*, Buenos Aires: Cartago, pág. 7.

<sup>2</sup> Íbidem., pág. 7.

humana y más allá –los cruentos procesos de descolonización del África que se daban por entonces, los vericuetos de la política mundial, incluso la implacable Guerra Fría que mantenía a todo el mundo en vilo temiendo por la aniquilación total de la vida– están ahora, por primera vez, al alcance de un sencillo golpe de vista, y no es metáfora ni es televisión:

Allá “abajo”, en el gigantesco continente eurasiático, mil millones de hombres están empeñados en una afanosa construcción, el dominio de los ríos, la roturación de las tierras vírgenes y la conquista del cosmos. Son una sola y poderosa voluntad encauzada hacia un objetivo: hacer que el hombre viva más feliz que nunca, en todas partes. ¿Hay, acaso, nada más noble y elevado?<sup>3</sup>

Efectivamente, trescientos setenta y cinco kilómetros de altura era el punto más elevado desde el que ningún otro ser humano antes había podido observar las cosas de este mundo.

Allá “abajo” (¡cuán relativa es en el cosmos esta concepción!) cambia raudo el panorama. En torno al Polo Sur, como diamante recortado por sus aristas, brilla el continente de hielo, la Antártida. ¡Cuántos siglos permaneció sumido en las gélidas tinieblas de las interminables noches! Investigadores y exploradores, afines al astronauta por el arrojo, descubren los secretos de las zonas menos investigadas de nuestro planeta. En el mismo horizonte glacial ondea al viento borrascoso la bandera escarlata de la ciencia soviética. ¡Salud, vencedores del reino de los vientos, los hielos y los fríos!<sup>4</sup>

Y esta vez (¡por primera vez!) no es metafísica, no es esa facultad, confiable para unos y detestable para otros, de *concebir el mundo como un todo por medio del pensamiento*<sup>5</sup>. La puesta del hombre en el espacio significaba, para los ideólogos del socialismo soviético, la obsolescencia definitiva de la metafísica burguesa y el triunfo del realismo absoluto, de

---

<sup>3</sup> Íbidem., pág. 10.

<sup>4</sup> Íbidem., pág. 8.

<sup>5</sup> Esta definición de “metafísica” pertenece a Bertrand Russell, en su ensayo *Mysticism and Logic* (1918).

una visión científica del mundo despojada del velo de ilusión impuesto por el capitalismo decadente, y esa misma visión científica que ahora le permitía al ser humano ver por primera vez *el mundo entero tal como es*, mostraba también que la humanidad marchaba inexorablemente hacia una fase superior de la evolución de la especie: el socialismo soviético.

Desde la cima de la extraordinaria época en que vivimos, nuestra vista alcanza una inmensa lejanía, todo cuanto empañaba la historia humana se disipa, y las primeras luces de un amanecer de justicia nos descubren los suaves colores del nuevo día, y perfilan la silueta de los hombres que marchan a la cabeza. Son los héroes de nuestro tiempo: inventores y constructores de naves cósmicas; sabios, ingenieros y obreros; químicos conocedores de las fórmulas del “combustible interplanetario”, creadores de un material de solidez y resistencia jamás conocidas, que la naturaleza no llegó a crear en millones de años.<sup>6</sup>

Los estadounidenses iban a la zaga por muy poco y sólo 23 días después pusieron en el espacio –aunque en una hazaña técnica bastante más modesta– a su primer astronauta, Alan Shepard. Pero la dirigencia soviética buscaba darle un significado particular a su rol de vanguardia en la carrera espacial, que por cierto representaba el empleo de una cantidad sideral de recursos públicos: «En todos los continentes, de polo a polo, los sabios trabajan; ¡pero cuán diferentes son los objetivos que persiguen los diferentes grupos científicos!», declama Pisarzhevsky, muy en el estilo de la época, porque esa diferencia, nos dice, va mucho más allá de la diversidad de intereses de cada disciplina y de sus objetos de estudio. Es una diferencia, explica, «más profunda, más esencial: se trata de que unos sabios trabajan para la paz, y otros sirven a la causa de la guerra».

A ese noble propósito –nos asegura– se aboca el trabajo de los sabios, palabra impensable hoy día para referirse formalmente al trabajo del científico, con resultados visibles desde la altura: una larga caravana de barcos surcando la Gran Vía Marítima del Norte, que cruza «un gran rompehielos atómico para la paz», como «para la paz» son también los secretos del continente antártico, las numerosas flotillas de cazadores de ballenas, los cohetes ornamentados con la estrella roja. Mas se nos advierte

---

<sup>6</sup> Pisarzhevsky, O.; op. cit., págs. 10-12.

que:

... hay otra ciencia, si puede designarse con este luminoso vocablo la actividad dirigida en menoscabo de la humanidad. ¿Podemos imaginar como sabios a quienes imaginan la fuerza del uranio sólo en los alargados cilindros de las bombas y proyectiles que todo lo arrasan en el fuego infernal de la explosión atómica? Esos hombres [piensan] en bases militares junto a las fronteras de los países socialistas; traman incontables complots en pos de los yacimientos de uranio, o envían al espacio aviones espías con dispositivos para descubrir secretos ajenos. No, la palabra “ciencia” no cabe aquí.<sup>7</sup>

Probablemente ningún otro sistema político o ideológico antes ni después haya estado tan explícitamente consustanciado con el desarrollo tecnocientífico, hasta el punto de constituirlo en una especie de religión, como lo estuvo el comunismo en la ex Unión Soviética, donde seguramente otros escritores producían centenares de textos como este de Pisarzhevsky:

La ciencia marcha en las primeras filas de la humanidad, al encuentro del brillante porvenir. Van a la vanguardia los constructores de estaciones, los luchadores por la prolongación de la vida, los creadores de nuevas plantas. [...] A su lado marchan millones y millones de seres, hombres de trabajo, constructores. Son hombres sencillos, pero ya alcanzan la vista a las naves espaciales. No peregrinan sumisos al templo del saber; son maestros que arrancan raudales de nuevos conocimientos del arsenal de la sabiduría. La ciencia abandona el silencio de los laboratorios y ocupa resueltamente un sitio junto al torno de la fábrica y en los campos.<sup>8</sup>

La ilusión de creer que la evolución de la vida –y de la vida humana inclusive, con su historia– tiene un destino natural y prefijado, unilineal, y más aún, de que esa organización social y ese modo de vida eran la consecuencia y la expresión más acabada de ese destino fijado por la naturaleza –y por lo tanto inexorable– se le derrumbó al comunismo

---

<sup>7</sup> Íbidem., pág. 10.

<sup>8</sup> Íbidem., pág. 12.

soviético, tal vez, mucho antes que el propio Muro de Berlín. Hoy, en la parte del mundo que conocemos como el occidente capitalista, probablemente seguimos presos de una ilusión semejante, o en algún punto no tan distinta. Cuando se habla del “fracaso” de la Revolución Rusa, que en sólo 40 años convirtió a uno de los países más pobres y tecnológicamente atrasados de Europa en la potencia técnica y militar que llevó al hombre al espacio, se piensa en general en términos políticos e ideológicos, o, con más razón, en base a la debacle económica que llevó a la disolución de la Unión Soviética en 1989. Y esa es una historia ciertamente perturbadora para quienes sueñan con un modelo de sociedad diferente al capitalismo, con el galopante empobrecimiento (relativo y, en muchos casos, también absoluto) que produce en la mayoría de los pueblos del mundo. Pero la evidencia de que el desarrollo tecnocientífico –logrado, en gran medida, a costa de grandes penurias de la población, y a fuerza de considerar al ser humano como un mero recurso de una máquina productiva, como actualmente lo prescribe la lógica empresarial en todo el mundo–, por sí solo, no conduce necesariamente a una sociedad mejor, no es menos perturbadora. Y de eso se habla más bien poco.

Al mando del mítico Diseñador Jefe, Serguéi Koroliov, y de una reducida elite en relación fluctuante con el poder político (a diferencia del desarrollo aeroespacial estadounidense, repartido en manos de un grupo de corporaciones privadas), los soviéticos seguirán a la delantera de la carrera espacial hasta mediados de la década de 1960. Su Proyecto Luna, iniciado en el '59, continuó sin embargo hasta 1976, con un total de 24 misiones, algunas de las cuales volvieron a la Tierra con muestras de la superficie lunar. Pero ninguna de ellas llevó a un astronauta a poner un pie en ella.

Yuri Gagarin, el primer ser humano en viajar al espacio exterior, murió en un accidente a bordo de un avión de caza en el que volaba con su instructor, en marzo de 1968, a los 34 años. En la última página de sus *Memorias de un cosmonauta*, que fueron publicadas en castellano el mismo año de ese mítico primer viaje espacial, pueden leerse las exaltadas palabras que hoy suenan como un solemne réquiem:

¡El camino al cosmos! Me tocó la gran felicidad de encontrarme en sus amplios espacios, de ser el primero en realizar el vuelo con que desde hacía mucho tiempo soñaba la humanidad. Los mejores cerebros de la humanidad abrieron el espacioso y difícil camino

hacia las estrellas. El vuelo del 12 de abril es el primero de los pasos gigantescos que se han de dar por este camino. Pero cada año el pueblo soviético, el primero en el conocimiento del cosmos, irá penetrando en él cada vez más lejos y más profundamente; nada podrá detener nuestro impulso hacia otros mundos, hacia los planetas del Universo. [...] ... cada vez iremos más alto y más lejos de la Tierra natal, ya que los hombres soviéticos no están habituados a quedar en mitad de camino.<sup>9</sup>

## Ver para no creer

*«... He aquí el pueblo es uno, y todos éstos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer».*

*GÉNESIS, 11:6*

Hay un episodio bíblico muy conocido –la destrucción de Sodoma y Gomorra– en el que, a través de unos ángeles, Dios le ordena a Lot, tío de Abraham, que huya de la ciudad maldita antes de que el fuego divino la devore. Las instrucciones incluían la orden precisa de no volver la vista atrás durante la retirada. Pero en la huida, la esposa de Lot no resistió el impulso de darse vuelta para mirar arder la ciudad donde vivían, y quedó transformada al instante en una estatua de sal.

¿Qué llevó a esta mujer a *mirar*, aun sabiendo que las consecuencias, tal cual le había sido advertido según cuenta la historia, podían ser fatales? El relato, presente en el Génesis, no abunda en la cuestión. Incluso la palabra “curiosidad” suena demasiado *naif* para darle nombre a ese impulso misterioso e irrefrenable, tan poderoso como ambiguo en su naturaleza. Un tabú, eso de lo que no solamente no se puede hablar, sino que ni siquiera puede ser nombrado, genera fascinación justamente porque en ese lugar conviven lo seductor y lo horroroso de manera indiferenciada. Y

<sup>9</sup> Gagarin, Y., (1961) *Memorias de un cosmonauta*; Futuro: Buenos Aires, pág. 171.

la tentación de mirar hacia ese lugar, escribe Roger Shattuck, quien lleva este complicado problema hasta sus últimas consecuencias en su libro *Conocimiento prohibido* (2001), ha sido tradicionalmente reprimida por la cultura. Varios son los relatos de origen mitológico o religioso como éste de la mujer de Lot, donde la vista representa la humana necesidad de evidencia sensorial para reforzar una fe flaqueante, como si desde la más remota antigüedad hubiera sido advertida la contradicción esencial entre un tipo de conocimiento empírico y los valores tradicionales, entre *ver* y *creer*; y esta idea a la que entendemos como producto del pensamiento científico actual parecería ser, en realidad, constitutiva de la cultura humana.

Una vez que se ha visto “lo que no hay que ver” ya nada será igual. Por eso un tabú seduce y horroriza en la misma medida y a la vez. Algo parecido le sucede a quien sufre vértigo a las alturas: esa sensación indescriptible que parece aflojarle las piernas, que hace sentir la inyección de un chorro de adrenalina y lleva a querer tomarse compulsivamente de cualquier objeto firme como si de eso dependiese la vida. No es “miedo a las alturas”: es la sensación de que ese vacío *nos llama*, nos atrae con una especie de magnetismo que afecta de modo específico a la materia de nuestra subjetividad. Es la fascinación del peligro y también de las alturas. Una fascinación que no será difícil identificar en el «allá abajo» del alucinado relator de la epopeya cosmonáutica de las páginas anteriores.

¿Cuál es el punto en que el sentimiento esencial de pequeñez y fragilidad puede transformarse en esa inspiración de poder y dominio absolutos que, según se nos sugiere, debieron haber experimentado los primeros astronautas (y el resto de la humanidad a través de ellos)? Las experiencias capaces de librarnos de nuestra propiocepción de finitud estuvieron tradicionalmente ligadas al dominio de lo místico y lo religioso, o bien a la pérdida de límites que pueden proporcionar algunas sustancias psicoactivas; pero está claro que aquí nos preguntamos por una experiencia de tipo *racional*.

La ciencia y la tecnología que le proporcionaron al hombre la experiencia de saberse con poder para conquistar el espacio no sólo son medios racionales, sino que constituyen, probablemente con toda razón, el paradigma mismo de la racionalidad tal como hoy la concebimos. Sin embargo, ¿alcanza esa misma racionalidad de los medios para hacer que la sensación de poder que emana de esos logros sea, también, racional?

Además de la referencia inmediata a la sexualidad y a la muerte,

todo tabú está relacionado con un saber. La mayoría de las tradiciones religiosas y mitológicas –no sólo la judeocristiana– cuentan historias “aleccionadoras” que por algún motivo nos prescriben o aconsejan controlar o contener el humano impulso de saber, a veces bajo el peso de ominosas represalias. ¿Se debe nada más que a esa histórica vocación represiva que hoy llamamos “oscurantismo”, a la pura necesidad de encubrir a algún poder terrenalmente constituido o de conservar los modos de vida tradicionales, o acaso hay algo que realmente debemos aprender de esa clase de preceptos? En la memorable escena final de *Citizen Kane*, de Orson Welles (1941), la cámara se clava ante un cartel: “NO TRESPASSING”, y la maestría del artista hace que esa interdicción, lejos de generarnos la típica sonrisa sarcástica que le dedicaríamos a un atavismo pasado de moda, nos sobrecoja con la fuerza arrebatadora de estar ante algo que puede darnos la felicidad absoluta y destruirnos en el mismo movimiento.

¿Fueron la salida al espacio o el “gran salto” de Neil Armstrong sobre la luna la ruptura definitiva de un tabú? En tal caso, al preguntarnos “quién llegó a la Luna” no hacemos referencia a la respuesta obvia. El asunto es cómo queda la humanidad después de que se rompe semejante tabú.

Y si este fuera el caso, además, ¿qué clase de fenómeno es esa ruptura? ¿Se trata de un hecho, digamos –con perdón por el anacronismo–, “espiritual”? ¿O es *meramente* técnico? ¿Puede la técnica –o, en su nivel de desarrollo social concreto y organizado, la tecnología– resolver o *suprimir* la interdicción señalada por un tabú? Es absolutamente comprensible que quien dispone de las herramientas para quebrar la barrera impuesta por un sueño recurrente que se ha vuelto una obsesión celebre su logro, y que el resto lo festeje como un gol de su equipo. Después de todo, buena parte de la política consiste justamente en lograr que el público interprete como propios los triunfos del poder, lo que a veces es legítimo, pero ¿es *siempre* legítimo?

Si pensamos que no lo es, ¿por qué deberíamos celebrar todo logro tecnológico como un logro “de toda la humanidad”, en lugar de tomarnos el derecho de pensar desde una distancia crítica si realmente lo es para nosotros, o si sólo lo es para algunos, o si nos lleva a un lugar a donde no queremos ir? La virtual falta de límites que se vislumbra en algunos campos del desarrollo tecnocientífico puede ser parte de la solución de muchos de los problemas graves que la sociedad sufre hoy, pero probablemente

en algún momento debería ser pensada como parte del problema. Y esa también sería una forma de romper un pesado tabú.

La crítica radical de la tecnociencia que hacen algunos filósofos –como fue el caso de Martin Heidegger– sostiene que el tipo de conocimiento que esta nos proporciona nos revela las posibilidades de la naturaleza, incluso la naturaleza humana, de ser explotada como un mero “recurso”. La mirada mítica o religiosa del mundo tiende a ver a cada ser, cada objeto, cada cosa como parte de un designio –¿un “*diseño*”?– trascendente, una expresión particular del orden cósmico: todo tiene una razón de ser y esa razón de ser es la misma en todos los casos, y está por encima de nuestro conocimiento. En la visión mística, cada ser es maravilloso en la medida en que es expresión de esas ominosas entidades de orden superior. Pero el científico estudia las propiedades de cada elemento de la realidad que tiene enfrente, las abstrae, las clasifica y comprueba que son similares –o diferentes– a las de otros objetos. Y por lo tanto la propia mirada científica del mundo, tal como se ha desarrollado hasta el presente, implica ver que esas propiedades no son una esencia de cada porción de lo real sino que podrían ser diferentes, incluso intercambiables. La montaña que para la cultura tradicional del pueblo que vive a su margen es un ser sagrado, y define además la geografía del lugar, ordena el mundo, es desde el punto de vista del saber tecnocientífico actual una descomunal reserva del mismo silicio que puede convertirse en transistores, de materiales para la construcción, de metales a los que la industria puede dar las más diversas formas y usos. Es imposible, por ejemplo, que el descubrimiento de un yacimiento de hidrocarburos fósiles, que duermen su sueño ahí desde hace millones de años, sea un hecho “neutro” en nuestra civilización dependiente del petróleo. La mirada de la ciencia parece llevar implícita la posibilidad de cambio de eso que decide estudiar, y eso probablemente genere contradicciones insalvables con preceptos éticos tradicionales muy arraigados, algunos de origen religioso y otros no.

“Unida por la tecnología y un lenguaje universal, la humanidad logra un poder nocivo. El poder en sí no es peligroso; pero la imaginación ligada al poder puede exceder los límites de la condición humana y aspirar a la divinidad”<sup>10</sup>. Las palabras de Shattuck nos generan algo de aprensión al rozar casi literalmente el significado de la cita bíblica en la metáfora de la Torre de Babel. No cabe a nuestro ser modernos, y ni siquiera a los

---

<sup>10</sup> Shattuck, R., (1998) *Conocimiento prohibido*, Madrid: Taurus, pág. 33.

que se dicen posmodernos, pensar que pueda ser aconsejable poner un límite a la humana avidez de conocimiento sin que eso ponga en crisis los valores de los que la sociedad occidental más se precia (aun cuando no los practique), empezando por la libertad, el respeto por la verdad e incluso, paradójicamente, la propia dignidad humana, que supone un sustrato común en el cual puedan diluirse todas las diferencias entre etnias, lenguajes y culturas. Es que también “La imaginación al poder”, aquella consigna que ocupaba las mentes de los jóvenes del Mayo Francés por aquellos mismos años en que las superpotencias se lanzaban a la conquista de la Luna, suena brutalmente contradictoria con cualquier precepto inhibitorio de esa mirada anhelante por saber dirigida tanto hacia la realidad externa como a la interna.

Literato y escritor estadounidense experto en la cultura francesa, Shattuck cita a Blaise Pascal (1623-1662) y su recelo hacia el poder de la imaginación. Filósofo, matemático, físico, inventor de la primera calculadora mecánica, escritor, poeta y místico, Pascal pensaba que nuestro cuerpo nos brinda un *portée*, palabra francesa que se traduce como “alcance” y que simboliza la medida dada por el brazo. Nuestro *portée* define nuestra capacidad como también nuestro límite, porque capacidad y límite son dos caras de una misma moneda. Hacer un puño mayor que nuestro puño, una brazada mayor que nuestro brazo, pretender llegar más allá de la longitud de nuestras piernas, decía Pascal, son acciones “imposibles y monstruosas” y “lo mismo puede decirse del intento del hombre de elevarse por encima de sí mismo y de la humanidad”:

Conozcamos, pues, nuestro alcance [portée]; somos alguna cosa y no lo somos todo... Nuestra inteligencia tiene, en el orden de las cosas inteligibles, el mismo puesto que nuestro cuerpo en la extensión de la naturaleza.<sup>11</sup>

No obstante, este concepto que parece poder reconciliarnos con nuestra propia condición finita se diluye al pensar a la técnica y a la tecnología como una extensión materializada de nuestros propios gestos. Los psicólogos cognitivistas utilizan otro término –“*affordance*”– para designar al conjunto de estímulos con los que un objeto proporciona a un organismo la oportunidad de realizar una acción.

<sup>11</sup> Pascal, B., citado en Shattuck, R., (1998) *Conocimiento prohibido*, Madrid: Taurus, pág.47.

Así, opuesta a la noción de la conciencia de nuestro propio alcance y siempre en tensión con los límites dados por nuestro cuerpo, las “*affordances*” del mundo aparecen como versión moderna de las “tentaciones” con que los antiguos códigos morales espantaban a sus feligreses. El llamado a superar los límites está, al fin y al cabo, en la humana naturaleza, y no parece haber para el mismo ninguna inhibición ontológica sino solamente frenos de carácter social y cultural, lo que desde cierto punto de vista bien puede significar, lisa y llanamente, que no existe ninguna inhibición legítima o tan siquiera posible.

La inconmensurable barbarie del Holocausto y la revelación del poder destructivo de la energía nuclear pusieron a la humanidad, a mediados del Siglo Veinte, ante la evidencia de que la naturaleza no nos ha dotado de un límite a la capacidad de volvernos contra nuestro propio ser, sino que más bien parece alentarnos a quebrar barreras permanentemente. La conquista del espacio fue el contrarrelato a medida de semejante temor y desesperanza. Un contrarrelato desde el poder.

La televisión, como constituyente de la sociedad de masas, no fue en la construcción de ese contrarrelato menos decisiva que los cohetes, los dispositivos de automatización de las naves y el soporte vital de los astronautas. En los dorados años Sesenta y con mucha más audacia que rigor, Marshall McLuhan describió a los nuevos medios electrónicos de entonces como extensiones del aparato sensorial humano —ni más ni menos que si se tratara de anteojos o de audífonos—, idea que expresaba plena fascinación ante la definitiva pérdida de nuestro *portee*, un vértigo en el que la mirada del astronauta que sale al espacio exterior puede transformarse, en vivo y en directo, en nuestra propia mirada por obra y gracia de la tecnología que otros supieron conseguir, y sin que hayamos hecho el menor esfuerzo para llegar a ese lugar. Lo que la idea de los medios como “extensiones” de nuestros sentidos nos oculta es que, a diferencia del mundo que experimentamos con nuestros sentidos, ese otro mundo que se nos suministra a través de una pantalla (por entonces en casa; hoy, en cualquier parte) es antes que nada un *producto*.

Esa visión de los medios audiovisuales como extensiones de nuestro aparato sensorial por cierto no ignora la gran mutación antropológica que la posibilidad técnica de reproducir y manipular la imagen ha producido en el mundo, pero es una manera de dar cuenta de ella desde la ilusión: nos oculta, en realidad, la ambivalencia de esa imagen diseñada y el potencial

de manipulación de la realidad que esa tecnología implica por el sólo hecho de su uso. Desde luego esa realidad virtual, tal cual se la llamaría décadas después, no es falsa *per se*, como sostienen los negacionistas de la llegada del hombre a la Luna; pero no deberíamos olvidar nunca su carácter de *mundo fabricado*.

Así, el 20 de julio de 1969 cuatrocientos millones de personas pudieron ver en vivo y en directo, con sus propios ojos y con las extensiones electrónicas de sus ojos, a dos seres humanos en la luna, dando sus pequeños primeros pasos. Todos testigos y todos protagonistas, aun desde el living de sus casas, de esa colosal campaña que supo sublimar el poder criminal de una industria militar todopoderosa y desbocada para desplazarla a la conquista técnica del mundo simbólico.

## Brillando por ausencia

Hay dos detalles del alunizaje que el espectador aguarda ver en *El primer hombre* (*First man*, 2018), la película del director Daniel Chazelle sobre la historia de Neil Armstrong en sus años de entrenamiento y el periplo lunar, y finalmente no ve. Uno es la ceremonia religiosa que Edwin “Buzz” Aldrin celebró en la superficie lunar según el rito presbiteriano, y que incluyó la comulgación, que fue la primera ingesta de comida de un ser humano en otro mundo. Otro, cuya ausencia es más llamativa, es el momento en que el primer hombre en la luna clava en ella una pica con la bandera estadounidense. Detalle, este último, que el espectador de otra nacionalidad por una parte agradece y por otra echa de menos, porque justamente ese arranque de patrioterismo que puede suscitar el plantón de la divisa norteamericana le permite tomar distancia de la escena, enmarcar a la conquista del espacio y a ése, su hecho más emblemático, como un logro puramente *militar*, sin significado antropológico.

La tradición humanista, señalaba por los años en que se iniciaba la conquista espacial el filósofo francés Gilbert Simondon, se empeña en no asignarle ningún valor cultural al desarrollo tecnológico. Y termina de esa manera abonando, decía, a la misma idea de *neutralidad* que sostienen los tecnócratas enamorados de la máquina, esa “neutralidad” que dice que la tecnología no es “ni buena ni mala, sólo nos mejora la vida para que cada cual le dé su propio sentido”; lo bueno y lo malo, se dice desde esta óptica,

son las personas, y no la tecnología ni mucho menos la ciencia. Lo malo es que desde esta perspectiva, decía ya en los tardíos años '50 Simondon –un fanático de la biomecánica, que sostenía que ningún ciudadano debía ignorar cómo funcionan los motores y sus sistemas de control–, la cultura que renuncia a pensar en el significado real de su producción técnica termina dándole a ésta un carácter *sagrado*. Y bien se sabe que lo sagrado, contrariando todo precepto de la racionalidad que deberían inspirarnos la ciencia y la tecnología, no se cuestiona.

¿Cuáles serían esos “verdaderos” significados de la tecnología, de los que supuestamente no se habla? Pueden ser varios. Empezando por el mismo funcionamiento, que por sernos en general desconocido termina por producir un efecto como de magia. El discurso publicitario, que se ha vuelto dominante incluso en áreas donde en teoría debería expresarse la racionalidad de una sociedad democrática, se desentiende cada vez más de cualquier intento de descripción objetiva de las cosas de este mundo, y tiende a incrementar ese efecto “mágico”. Las razones de ser de cada nuevo producto, de cada innovación tecnológica, la racionalidad capaz de discernir por qué las cosas se hacen de una determinada manera y no de otra, se esfuman en virtud de esa prestidigitación –eficaz, eficiente, simplificadora– y asumen la forma de la satisfacción de las necesidades, de una tautología de la felicidad que sintetiza sus múltiples caras.

Pero la tecnología tampoco es sólo un set de herramientas, o de prótesis de nuestro cuerpo, como lo había pensado a mediados del siglo XIX el alemán Ernst Kapp, de quien McLuhan tomó la idea de los medios electrónicos como “extensiones de nuestros sentidos”. Abstrayéndose de esa “ilusión” que ve a los objetos técnicos como meros “útiles” a la medida de nuestros deseos, Simondon y otros autores de su época demostraron que en la sociedad industrial –en el capitalismo, pero probablemente también en los sistemas socialistas como se habían dado hasta entonces y, agregamos nosotros, en la actualidad– toda la tecnología tiende a conformar sistemas de gran escala. Las “herramientas”, decía este autor, quedaron en la historia, en el pasado romántico de los artesanos que a fines de la Edad Media desarrollaban su actividad en los márgenes de las ciudades europeas, y que eran los poseedores de la técnica, de los medios de producción y de un sentido de la innovación donde la calidad, la función y la elegancia de los productos eran valores que no habían sido pervertidos por la lógica mercantilista de la producción masiva. Hoy las personas, al vincularse con

cualquier producto de la tecnología, pasan a formar inmediatamente parte de un sistema que les asigna un rol social —es productor o consumidor, diseñador o usuario, vendedor o comprador, actor o espectador, espía o espiado, manipulador o manipulado, o a veces varios roles a la vez—, un rol social que es consecuencia directa e inevitable de las funciones técnicas de los artefactos, que es independiente de lo que cada persona *crea* estar haciendo, por ejemplo, cuando se sube a un auto o envía un mensaje por una red social, y que probablemente no existía, ni siquiera como posibilidad, antes de que esa tecnología fuera inventada y puesta en funcionamiento. Autores como Simondon o McLuhan, cada uno a su manera, lo vieron claramente a partir de la emergencia de fenómenos como la masividad de la televisión, y hoy la velocidad de desarrollo de las infinitas aplicaciones a través de internet hacen pensar a muchos que tal vez esa característica de la tecnología, advertida hace al menos medio siglo sin perjuicio de que siguiéramos viéndola como “neutral” o hasta “inocente”, ya nos ha pasado por encima. Cuanta más capacidad de dominar tienen unos, más posibilidad de ser dominados tienen otros, y esta parece ser una realidad que, como el principio de acción y reacción formulado por Newton como una ley inquebrantable de la física, se cumple indefectiblemente aunque la cultura nos la oculte, o aunque un tabú nos impida mirar hacia ese lado bajo la pena de cargar el estigma del rechazo irracional, del rencor del vencido o del rezagado. En definitiva, del anatema patriarcal de la impotencia.

Desde la posición de quien asume y pone en palabras ese tácito rencor, probablemente, surgen las versiones negacionistas de la llegada del hombre a la Luna: toda la “magia” consistió no más que en caminatas de astronautas grabadas en estudios de Hollywood, trucos de iluminación en el desierto de Nevada, directores de cine famosos —¿por qué no Stanley Kubrick, que el año anterior había estrenado la magnífica *2001, odisea del espacio?*— trabajando en secreto con la NASA y guionistas de Disney, y una gigantesca conspiración tan bien montada que ni siquiera los rusos —¿qué no hubieran dado ellos por poder refutar el alunizaje norteamericano?— habrían advertido tan evidente farsa. Es comprensible que ver a la conquista del espacio exclusivamente en términos de una contienda militar entre las dos superpotencias del momento exacerbe esa paranoia negacionista, y la imagen de Neil Armstrong clavando en la Luna su bandera —imagen que Chazelle, probablemente en un acierto estético

más de *First man*, elige no mostrar— la lleva hasta el paroxismo. Es que una forma de no verse en ese lugar de inferioridad, complementario a esa soberbia muestra de poder tecnológico y militar, es negar el hecho que nos habla de ella. Más aún cuando esa muestra de poder es enviada por una potencia con capacidad de destruir el mundo con sus armas nucleares, y que por entonces manifestaba con saña su impunidad y desprecio por la vida bombardeando a la población civil en Vietnam, o entrenando a las fuerzas militares sudamericanas para un “combate contra el terrorismo” que poco después se traduciría en las atrocidades del Plan Cóndor.

*First man* muestra que los cuestionamientos al enorme gasto público que implicaba la carrera espacial iban, dentro de los Estados Unidos, mucho más allá de los sectores más radicalizados, los mismos que protestaban por el cese de la guerra de Vietnam. En una elegante recepción oficial, Armstrong (interpretado por el actor Ryan Gosling) flaquea al tratar de definir el “esfuerzo” que implican los proyectos de la NASA, y atina a rechazar el pelotazo: “Depende en qué contexto se lo considere”. “Lo estoy considerando en el contexto del dinero de los contribuyentes”, le responde cortante su interlocutor, formulando en términos ridículamente prosaicos (y realistas, diríamos, pero sólo en un sentido restringido de la palabra “realista”) la grandilocuencia de la empresa:

Si algo nos enseña nuestra historia es que el hombre, en su búsqueda de conocimiento y de progreso, es determinado y no puede ser disuadido. [...] Elegimos la Luna no porque sea fácil, sino porque es difícil.<sup>12</sup>

El discurso del presidente norteamericano John F. Kennedy en 1962 había lanzado al mundo el desafío de llevar, antes de que terminara la década, a un hombre a la Luna y traerlo de vuelta. Armstrong, que a diferencia del origen militar de la mayoría de los astronautas era piloto de aviación civil, se postuló como candidato para integrar el Proyecto Gemini, cuyo objetivo era el de “ensayar”, a través de una serie de vuelos espaciales tripulados, algunos de los dispositivos, maniobras y habilidades técnicas que la NASA estimaba necesarias para las futuras misiones lunares. En 1962 los ingenieros espaciales estadounidenses ya tenían claro (y lo habían hecho público) que la forma más segura de transportar gente al satélite

---

<sup>12</sup> *First man*, Damien Chazelle (2018).

sería a través de dos naves: una que transportase a los astronautas hasta la órbita lunar y otra que descendiera a la superficie y luego se volviera a elevar para encontrarse con la primera y volver de regreso a casa. Además de los artefactos en sí, eran precisas una serie de operaciones —entre ellas la actividad extra-vehicular (EVA), el trasbordo de los astronautas de nave a nave, el acoplamiento “nariz a nariz”—, cada una de las cuales constituiría una proeza en sí misma, porque nunca habían sido realizadas en el espacio y a nadie le constaba que fueran realmente posibles.

Entristecido por un profundo dolor (la película comienza con el episodio de la muerte de su pequeña hija, en 1961), reservado y taciturno, el Armstrong de *First man* se distancia enormemente del héroe de Hollywood para acercarnos más a ese otro modelo de héroe norteamericano que es el misterioso Capitán Achab, creado por Herman Melville en *Moby Dick*. La posibilidad del fracaso y de la muerte lo acechan permanentemente en la vida y en el pensamiento, conformando con el deseo una sola materia. El hombre destinado a llevarse el mayor de los laureles desconoce el sentimiento de euforia, y se adivina que no sabría qué cara poner en caso de tener que festejar un triunfo. El filme pinta un astro que brilla en la oscuridad.

En marzo de 1965 les tocó ver por televisión cómo los rusos se les adelantaban una vez más, esta vez con el primer EVA o “paseo espacial”: fue el de Alexéi Leonov, flotando en el espacio a metros de la nave Voskhod 2. La televisación no fue en directo. Las autoridades rusas (según se supo décadas después) sólo liberaron las imágenes una vez concluida la misión, que fue por demás accidentada. Primero, el traje espacial de Leonov se había hinchado demasiado y le impedía volver a entrar en la nave tras el paseo: lo logró a duras penas con un movimiento desesperado, ingresando de cabeza por la manga de salida cuando la indicación era hacerlo con los pies. Adentro de la nave se descontroló el nivel de oxígeno y temieron el incendio durante todo el regreso a tierra, que tampoco ocurrió según lo previsto: Leonov y su compañero Pavel Belyayev fueron a parar a un bosque helado de la taiga siberiana, donde casi son comidos por los lobos y sólo pudieron ser rescatados días después.

Con el inicio del Programa Apolo, en febrero de 1967, la tragedia toca de cerca al grupo. Los astronautas Virgil Grissom, Ed White y Roger Chaffee fallecieron en la rampa de lanzamiento de Cabo Cañaveral a bordo de la cápsula Apolo 1 por fallas técnicas que provocaron un incendio. Buzz

Aldrin cree que la muerte de Grissom lo coloca entre los candidatos a viajar a la Luna, y desenfadado y sin pelos en la lengua, lo dice delante de todos. Su comentario resulta, como mínimo, inoportuno. Buzz se excusa; al fin y al cabo, dice, “es lo que todos piensan”. “Tal vez deberías pensar en no decirlo”, lo corta Armstrong. La verdad es para él un reino de silencio y de contemplación, aún, y sobre todo, cuando está sobrecogido por el terror, a bordo de un avión-cohete X-15, esos costosos engendros militares ensayados en la década del '60 que superaban la velocidad Mach 6 y permitían, en una experiencia cercana a la desintegración total del avión y del piloto, sobrepasar la atmósfera:

Era tan delgada, una parte tan pequeña de la Tierra, que apenas se podía ver; y cuando estás aquí abajo entre la multitud y miras hacia arriba, parece... parece bastante grande y no piensas mucho en ello. Pero cuando tienes un punto de vista diferente cambia tu perspectiva. No sé qué descubrirá la exploración espacial, pero no creo que sea sólo una exploración por el bien de la exploración. Creo que será más el hecho de que nos permitirá ver cosas que tal vez deberíamos haber visto desde hace mucho tiempo, pero que no hemos sido capaces hasta ahora.<sup>13</sup>

Por eso, les dice a los reclutadores del Proyecto Gemini en la NASA, quiere ser astronauta, como si en la operación tecnológica que iba a anular de manera efectiva y para siempre la distancia que separa al hombre de su diosa lunar debiera necesariamente estar presente, y en grandes dosis, la metafísica.

– ¿Qué pasa, mamá?

– Nada, querido. Tu papá va a ir a la Luna.

Una página actual de Wikipedia ofrece el simpático detalle de incluir en el listado de “Misiones espaciales lanzadas a la Luna” a proyectos imaginarios como, por ejemplo, la leyenda contada por Plutarco en el siglo I antes de Cristo acerca de un “camino que lleva a la Luna” en *De facie en orbe Lunae*, una novela de Luciano de Samosata fechada en el año 79 de nuestra era, una cita de *La Divina Comedia* de Dante Alighieri y, por

<sup>13</sup> Fragmento del discurso del personaje de Neil Armstrong en el filme de Chazelle. *First man* (2018).

supuesto, *De la Tierra a la Luna* (1865) y *Alrededor de la Luna* (1870), ambas de Julio Verne, sin olvidar las anteriores *La conquista de la Luna* (1809), del norteamericano Washington Irving, y el relato fantástico *La incomparable aventura de un tal Hans Pfaall* (1835), de Edgar Allan Poe. Según ese listado, para julio de 1969 las misiones espaciales *reales* enviadas al satélite natural de la Tierra por soviéticos y norteamericanos a partir de 1958 habían sido, en total, setenta y una. Salvo las misiones Apolo 8 y 10, ninguno de los otros vuelos fue tripulado, pero todos tenían un objetivo técnico ya fuera de aproximarse, de orbitar o bien de alunizar, además de probar tecnologías.

Solamente 25 de esas 71 misiones lunares (el 35 por ciento) habían sido exitosas. Tras el alunizaje en *First man* se escucha a un locutor de radio desde la Tierra:

Estos primeros hombres en la Luna han visto algo que los hombres que los sigan no experimentarán.

La teoría dice que los primeros son siempre los que allanan el camino y ponen las piedras para que los que vienen detrás pisen más seguros. Pero si bien en el Programa Apolo las cosas venían saliendo a pedir de boca, al menos a partir del accidente inicial que costó la vida de tres astronautas en Tierra, esa regla en general no se había dado en el transcurso de la carrera hacia la Luna. Los rusos habían fracasado en 26 de sus 41 misiones, la enorme mayoría aún después del éxito pionero del Lunik 2 en 1959, y en otros 6 de sus intentos hubo fallas, y el éxito fue sólo parcial. La NASA contaba 16 éxitos totales y cuatro parciales, pero 14 fracasos intercalados entre ellos: nada garantizaba que, tras un éxito, el esquema se repitiera. En diciembre de 1968, el Apolo 8 orbitó por primera vez la Luna con tres astronautas a bordo: Frank Borman, James Lovell y William Anders, con lo que, literalmente, el sueño de Julio Verne en *De la Tierra a la Luna* —donde los tres personajes logran orbitar la Luna y regresar a la Tierra— se hallaba ya cumplido. En mayo de 1969, el Apolo 10 repitió la hazaña.

Las misiones tripuladas a la Luna fueron cinco en total. La última, Apolo 17, logró hacer alunizar al módulo de excursión y un vehículo todoterreno, y estuvo integrada por Eugene Cernan, Ronald Evans y Harrison Schmitt, un geólogo. Fue el 7 de diciembre de 1972.

## Misiones no tripuladas

El “hecho” capital del Siglo Veinte, señala el escritor británico de ciencia ficción J. G. Ballard en el prólogo de *Crash*, su novela de 1973 (y coloca la palabra “hecho” así, entre comillas), es la aparición del concepto de posibilidad ilimitada: «Añadiré que a mi criterio el equilibrio entre realidad y ficción cambió radicalmente en la década del sesenta, y los papeles se están invirtiendo. Vivimos en un mundo gobernado por ficciones de toda índole: la producción en masa, la publicidad, la política conducida como una rama de la publicidad, la traducción instantánea de la ciencia y la tecnología en imaginería popular, la confusión y confrontación de identidades en el dominio de los bienes de consumo, la anulación anticipada, en la pantalla de TV, de toda reacción personal a alguna experiencia. Vivimos dentro de una enorme novela. Cada vez es menos necesario que el escritor invente un contenido ficticio. La ficción ya está ahí». Para Ballard, que vio al siglo pasado en que le tocó vivir como un “matrimonio de la razón y la pesadilla”, en ese nuevo mundo donde la ciencia y la tecnología dictan cada vez más nuestros pensamientos, la tarea del escritor –dice, suponemos que tomando el todo por la parte dado que adivinamos que se refiere no al escritor sino al ser humano– es inventar no la ficción, sino la propia realidad: darle sentido a un universo donde la tecnología y sus objetos son quienes han cobrado el verdadero protagonismo. Ese “afuera”, al que antaño y con toda razón identificábamos con la “realidad”, hoy aparece poblado y moldeado por los productos de la invención y de la fantasía de los seres humanos (para el común, y por regla general, de *otros* seres humanos). Así es como el escritor de ciencia ficción –“el ser humano”, decimos siguiendo nuestra aventurada interpretación de Ballard– parece quedar condenado a la producción de relatos distópicos, a esas interpretaciones del mundo donde la diferencia entre la subjetivación sanadora y la paranoia nunca está del todo clara, porque en un mundo poblado de artefactos, las noticias son como interpretaciones de sueños ajenos:

La distinción clásica de [Sigmund] Freud entre el contenido latente y el contenido manifiesto de los sueños, entre lo aparente y lo real, [hoy] hay que aplicarla al mundo externo de la llamada realidad.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Ballard, J. G., (1976) *Crash* (Prólogo). <https://es.scribd.com/document/334640882/Crash-James-G-Ballard-pdf> [1 de marzo de 2020].

Así, como si nos hubiéramos propuesto volver a la historia de Gajardo Vera, el hombre que se adueñó de la Luna, nos encontramos de regreso en un dominio fronterizo entre la fantasía y lo real como lo es el sueño: un mundo que se nos impone con la fuerza de un entorno incomprensible y que es preciso interpretar en términos de un relato (un relato que al menos nos tenga reservado algún papel, aunque más no sea el de observadores independientes); un relato que tal vez no es la realidad misma, pero nos dice mucho sobre ella. La relación entre lo real y cualquier mundo *construido* pareciera estar ahí, como por definición, en ese gran territorio intermedio, del que nuestra parte más racional (¿o nuestro instinto de conservación?) nos aconseja escapar lo más pronto que podamos.

Recurramos para ello al mismo movimiento que nos salvó en la primera instancia de este texto: buscando el atajo hacia la realidad más pura y dura, la que aparece en los diarios y las revistas de actualidad:

La ciencia encontró un plan B para salvar a la humanidad del fin del mundo<sup>15</sup>

Fallamos: el magnetismo del título –obra de un editor sin duda atento y obediente al principio de eficacia para captar la atención del público y lograr el máximo posible de clics– es tal que nos atrapa y nos deja sin capacidad de reacción para ingresar en el artículo. La ciencia encontró un plan B para salvar a la humanidad del fin del mundo. La ciencia, la humanidad, su salvación, el fin del mundo, ese plan B insinuando tácitamente un plan A del que no teníamos noticia: en cada fragmento de esta escueta y eficiente cadena sintáctica nos detenemos para lanzar una exclamación de asombro, y absortos por el efecto, retornamos a ella una y otra vez.

¿Deberíamos pensarlo como una catástrofe –y no una catástrofe cualquiera sino el mismísimo acabose absoluto de todo– o se trata, por lo contrario, de una buena noticia –y no una buena noticia cualquiera sino, nada menos, que de la posibilidad cierta de salvación para la humanidad? ¿Qué se supone que deberíamos pensar de este acontecimiento que, de

<sup>15</sup> [https://www.clarin.com/viva/ciencia-encontro-plan-salvar-humanidad-fin-mundo\\_0\\_vZGPOrnCe.html](https://www.clarin.com/viva/ciencia-encontro-plan-salvar-humanidad-fin-mundo_0_vZGPOrnCe.html) .[20 de julio de 2019]

ser interpretado en el registro de lo real –en el mismo sentido en que son reales las letras que en este momento el lector está leyendo–, sería el más importante de todos los acontecimientos de la historia? Un hipotético fin del mundo no sólo borraría de la faz de la tierra lo que existe sobre ella, incluidos nosotros mismos, sino que además sumiría en la eterna inexistencia a todo lo que fue y será (incluidos, otra vez, nosotros mismos, y todos nuestros antepasados y nuestra descendencia) y el mundo, intuimos, volvería a no tener ningún sentido, porque no habría conciencia alguna (biológica ni artificial) capaz de dárselo. Dejaría de existir *incluso lo que existió*. Todo lo que existió, la historia misma como materialización de lo que hemos llegado a ser, todo borrado en una única acción DELETE con efecto retroactivo universal, uniforme e inapelable. Un *The End* pero sin público que lo vea, la doble muerte.

O la salvación, pero ¿de quién, de quiénes? ¿Será la identidad de esos afortunados tan abstracta y enigmática como esa *ciencia* –“la ciencia”– que aparece como sujeto del enunciado? Nos vienen a la mente las historias de Noé y su arca, de Deucalión y Pirra en la mitología griega, del babilónico Utnapishtim en la epopeya de *Gilgamesh* y otros tantos relatos similares en las mitologías chibcha, mapuche, india, china y las de muchos otros pueblos de todo el planeta que dan cuenta de esa fantasía común, la de un inmenso cataclismo al que sobreviven unos pocos elegidos. Dejándonos llevar por las reminiscencias que evoca este título, al que hemos puesto como ejemplo no por extravagancia, sino justamente porque sorprende con su concentrada síntesis de muchos tópicos habituales en el relato sobre la conquista espacial medio siglo después de la llegada del hombre a la Luna, intuimos que la figura de los “justos”, otrora dignos de la salvación por su bondad o por su observancia de la ley divina en un mundo dominado por la iniquidad de los impíos, tiende a ser sustituida por la de los poseedores de los medios técnicos. ¿No pasará por aquí el eje mismo de nuestra modernidad, por haber sustituido los valores morales y éticos en el relato de la salvación –valores “morales” y “éticos” bastante discutibles, por cierto, toda vez que son puestos como justificación de un exterminio– por valores técnicos?

Y una vez más, como en el caso de la epopeya magna de la Apolo 11, ¿de qué clase de salvación deberíamos estar hablando para que toda la humanidad pudiera celebrarla?

El artículo trata sobre la posibilidad de mudar a toda la civilización

terrestre a Próxima Centauri B, un planeta externo a nuestro sistema solar. Este planeta gira alrededor de la estrella más cercana al Sol, Próxima Centauri, distante de nosotros unos 4,25 años luz, es decir: en caso de que nuestra tecnología consiguiese la proeza de hacernos viajar a la velocidad de la luz, que según demostró en 1905 Einstein es *absolutamente imposible* de superar, se tardarían cuatro años y tres meses en llegar. Para evaluar la factibilidad del proyecto con los medios actuales, basta decir que la sonda espacial estadounidense no tripulada Voyager 1, que fue lanzada desde Cabo Cañaveral el 5 de septiembre de 1977, surca el espacio a la extraordinaria velocidad de 17,4 kilómetros por segundo (más de 62.000 km/h, con lo que recorre cerca de 550 millones de kilómetros cada año), y aun así se estima que llegaría al sistema Alfa Centauri dentro de 76.000 años.

Eso equivale, grosso modo, a unas doce veces la historia de la humanidad, desde los más antiguos faraones egipcios. ¿Corresponde a nuestro *portee* imaginarnos siquiera la vida en esos términos?

¿Necesitaremos un nuevo tipo de pensamiento para poder conciliar y poner en un mismo plano la producción tecnocientífica con sus fines, cuando estos escapan de nuestra posibilidad de pensarlos? No parece haber tecnología capaz de hacernos dar ese salto cognitivo.

En el artículo de Eliana Galarza, la adecuación del tono periodístico, matizado por cierto sentido del humor, nos devuelven la saludable impresión de que a pesar de todo seguimos del lado de la realidad, o al menos de la sensatez. El físico Avi Loeb, de la Universidad de Harvard, es quien plantea ahora este proyecto de “salvación” —que de manera genérica había sido sugerido, entre otros, por Stephen Hawking— dadas las características de este planeta extrasolar, que al parecer son bastante similares a las de nuestra Tierra. El eventual “fin del mundo” al que se hace referencia podría darse, explica Loeb, de diferentes maneras y con plazos muy diferentes: ya sea por el imponderable choque de un gran asteroide, o bien porque la biosfera finalmente decida cobrarnos el desbarajuste que hemos causado en ella y nos deje sin recursos —si este fuera el caso, tememos que no habría tiempo de escapar todos tan lejos—, o bien porque suceda lo que inevitablemente tiene que pasar dentro de millones de años, cuando el Sol entre a fagocitar todo su entorno antes de entrar en extinción y los mares, como preludio de esa última tragedia, entren en ebullición. Loeb, cuenta en la nota la periodista, anunció en

2017 que un cuerpo identificado cuatro años antes como un asteroide podría ser, en realidad, una nave alienígena.

Pensando en las modernas técnicas de escaneo cerebral mediante resonancia magnética funcional, se nos ocurre una pregunta: expuestos a este tipo de información, merecedora de toda la confianza de una buena pieza periodística, ¿se nos encenderán las mismas áreas del cerebro que se excitan cuando se habla de cualquier otro problema relevante de actualidad, o acaso más bien los que se activan cuando vemos una impactante “peli” de ciencia ficción? Quienes estén familiarizados con este tipo de experimentos y ya hayan advertido, probablemente, lo rudimentario de este planteo nuestro, advertirán también hacia dónde apunta nuestra inquietud: ¿Está preparada nuestra psiquis para interpretar los hechos de la conquista espacial como una parte más de la realidad circundante, de nuestro mundo vital (y no virtual)?

¿Qué clase de realidad representa la conquista del espacio para el conjunto de la humanidad? ¿Cómo debiéramos ponderarla a fin de ser más (y no menos) racionales? Se nos dirá –porque se ha dicho– que formular estas preguntas sería cuestionar el estatus de los avances de la ciencia, y poner al conocimiento científico en un mismo plano con los mitos religiosos y con esa rama del entretenimiento a la que algunos llaman “pseudociencia” para definir un adversario débil al cual poder denostar públicamente y procurarse victorias dialécticas a muy bajo costo. No es cierto. Lo cierto es que la racionalidad de los medios no es suficiente para garantizar por sí sola la racionalidad de los fines.

Lo real de la conquista del espacio apenas pasada la mitad del Siglo Veinte fue, definitivamente, la lucha de poder entre dos potencias por el dominio del mundo a través de la tecnología, en términos efectivos y también simbólicos. Medio siglo después de la caminata de Armstrong y Aldrin, la conquista espacial continúa, y por cierto más naciones se han sumado, con diferentes iniciativas y expectativas, a poner su sello. Pero hoy su perspectiva, especialmente cuando se la considera en conjunción con la del colapso de la vida en nuestro planeta, excita la imaginación del público en un registro mucho más próximo al de la ciencia ficción que al del periodismo de actualidad.

Azorado por el poder de inhibir toda crítica que el desarrollo tecnológico parecía tener en tanto en la sociedad capitalista como en la socialista de su época, el filósofo y escritor austríaco Günther Anders

entendió que nuestra relación con el “mundo de los aparatos” en la civilización industrial de masas es de la misma naturaleza que la relación de las clases sociales subalternas con una clase dominante. Como Simondon, y como muchos otros visionarios que anticiparon lo que décadas después, en la era de la hiperconexión digital, tomaría al mundo, de todos modos, por sorpresa, Anders comprendió que aquellos a los que todavía nos empeñamos en llamar “medios técnicos” han dejado hace tiempo de ser “herramientas útiles”, por más que sigan conservando esa apariencia. ¿Cómo podrían serlo –se pregunta, en un texto de 1960– si están puestas en un lugar que no podemos alcanzar, y al que se nos exige llegar para poder “servirnos” de ellas? Además, sostenía, ningún aparato funciona solo, sino que configuran cada vez más claramente sistemas que tienden a unificarse en un único aparato, regido por leyes propias en el marco de una lógica universal, donde los valores humanos que no resultan compatibles con el principio de funcionamiento quedarán más temprano que tarde descartados por obsoletos, como cualquier otro aparato viejo que ya no pueda ser acoplado a las pautas de intercambio de energía e información de ese sistema. Una vez que eso pasa, sólo puede aspirar a recobrar valor como producto *vintage*, como una disquetera de 5¼” o una cinta VHS.

La función de los autores de ciencia ficción en ese sistema autónomo –aquí, negándonos a meter todo en la misma bolsa, entendemos que Anders hablaba de los *malos* exponentes del rubro– es intentar, con tono festejante, ese futuro-actual en que las máquinas irían teniendo cada vez más el control, tanto que ni sus dueños (humanos) saben ya para qué las desean, y se resignan también a vivir bajo sus leyes impuestas, como si de las propias leyes de la naturaleza se tratase.

Así, decía este autor, nos vamos habituando y volviendo conformistas en un mundo en el que somos sólo actores de reparto, y donde los artefactos son incluso los portadores del sentido de la historia misma (para la cual nuestro *portee*, decimos nosotros recordando a Pascal, resulta exiguamente insuficiente), así como la burguesía fue el sujeto histórico de la Revolución Francesa y la clase proletaria debió resignarse a secundarla y a vivir bajo sus leyes, trabajando para ella en un mundo gris y polucionado en el que la mera supervivencia es el único relato “permitido”. Los dibujantes y guionistas de comics y los productores de filmes futurológicos, «profetas vulgares de nuestro tiempo final» – escribía Anders, tratando de sublimar de algún modo cierto sentimiento

oscuro—, explotan su habilidad para convertir en mercancías esas mismas visiones que otros con menor suerte, como él mismo, intentaban elucidar amargamente a modo de “descubrimientos tardíos” una vez consumados los hechos. El desarrollo autónomo del “mundo de los aparatos” señala los caminos posibles; nosotros apenas tratamos de interpretarlos y de ir hacia allá, sin más opción que hacer lo correcto o quedar relegados. Lo demás —“optimismo”, “pesimismo”— son sólo estados de ánimo. Y las máquinas no tienen estados de ánimo, aunque tal vez en algún momento —como en *Blade Runner*, la película inspirada en la novela de Philip Dick ¿*Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*— puedan simularlos.

Si en estos términos le formulásemos a Günther Anders la pregunta del inicio —¿*Quién llegó a la Luna?*— la respuesta que se deja entender es, sin duda, “la máquina, no nosotros”. En todo caso (decimos, siguiendo esa lógica) el hecho de que un puñado de seres humanos entre 1969 y 1972 hayan podido dar algunos pasos sobre ella no es más que un corolario de la epopeya tecnológica, una derivación del indudable hecho de que las máquinas llegaron primero y de que, acaso por deferencia, han consentido en llevar a algunos hasta allá para mantener al resto de la humanidad con esa ilusión.

Y el instinto de supervivencia nos conduce una vez más a poner orden en nuestras ideas. La autonomía del desarrollo tecnológico, nos decimos, no es una autonomía *teleológica*, no tiene una finalidad preestablecida, cual destino de perfección fijados por entidades de orden superior en los que, tal como conviene a nuestro ser modernos, ni siquiera creemos. Así como en la evolución de la vida cada organismo y cada especie se desarrolla en una permanente dialéctica con su medioambiente, la ciencia y la tecnología son productos de una sociedad y son hijas de su tiempo, de modo que, si estamos “presos” de la tecnología, lo estamos en todo caso en la misma medida y en el mismo sentido en que estamos “presos” de la sociedad en que vivimos y del tiempo que nos tocó transitar, por no hablar de las circunstancias personales que a cada cual le hayan tocado en suerte (y lo que haya podido hacer con ellas).

Pero esto es lo que nos dice la sensatez, obligada por nuestro instinto de supervivencia. El mismo instinto que nos lleva a tomar consejo de la estrategia de J. G. Ballard: ser capaces de interpretar esa realidad consumada del desarrollo tecnológico sin entrar en pánico si acaso, al indagar en ella, nos asustase de pronto descubrir el enorme poder que ese

mundo de fantasías ajenas materializadas ha adquirido sobre nosotros.

Dicho esto, nuestra intención al presentar aquí a Günther Anders era cerrar estas reflexiones con unas palabras suyas, escritas en 1978 en “La obsolescencia de las máquinas”:

Lo que ciertas teorías mecanicistas vulgares del siglo XIX habían supuesto como descripción de la situación fáctica del universo, a saber, que éste es un todo que trabaja a la manera de las máquinas, lo ha convertido ahora la técnica en su meta; para ella el universo *debe* convertirse en máquina. La luna, que en otro tiempo resplandecía amablemente y ahora se ha transformado en una estación televisiva, en representación de fragmentos del mundo no menos concluyentes, puede servirnos de señal luminosa de este universo que se va transformando en una máquina.<sup>16</sup>

¿Será así?

---

<sup>16</sup> Anders, G., (2011) *La obsolescencia del hombre*, Vol. II, Valencia: Pre-Textos, pág. 117.

# ODISEA

Un regreso imposible

**Eduardo Wolovelsky**

*Entre la Tierra y el cielo, están sostenidos por ese mismo espíritu siete astros, separados a unas distancias fijas, a los que llamamos errantes por su movimiento (...). En medio de ellos se desplaza el sol, de un tamaño y poder extraordinarios, rector de las estaciones y las tierras, de los propios astros y del cielo (...) Él proporciona luz a las cosas y aleja las tinieblas, él oscurece y da resplandor a los demás astros, él regula la sucesión de las estaciones y los años que siempre retornan por ley natural...*

*Historia natural, Plinio El viejo (siglo I)*

Paisajes extraños, montes, desiertos, ríos y selvas. Animales únicos, seres amenazantes, grandes, pequeños, terroríficos, venenosos o inofensivos. Una vegetación extravagante, árboles milenarios, gigantescos, de tallos rugosos o bellamente esculpidos. Son las concepciones que habitan en la imaginación y le dan forma a tierras exóticas. Otros mundos, otras tierras creadas o visitadas se han abierto paso en el pensamiento y a lo largo de la historia para vivificar la vida cultural de los pueblos más diversos.

En todos los tiempos hubo hombres y mujeres que se sintieron tentados para surcar mares desconocidos. Sabían que más allá, lejos del horizonte, habría lugares y gentes jamás vistos. Lo extraño, el afán de conquista o la exaltación de lo sublime, le dieron vida a la esperanza de encontrar lo fabuloso en la lejanía de los paisajes y los rostros conocidos.

Empujados por la fuerza de sus tradiciones o por el impulso de su naturaleza, los hombres se atrevieron a rebasar lo conocido, a explorar atravesando montañas y ríos y a llevar una vida errante para entender que hay más allá. Han sido nobles, ambiciosos y crueles pero le han dado lugar a una imprescindible imaginación capaz de quebrar la quietud de lo ordinario y vivificar así la fuerza fundamental que emana de los misterios, de aquello que no podemos responder o de lo que nos conmueve por inesperado.

En el siglo XIV Ibn Batutta recorrió más de 120 mil kilómetros, desde Damasco hasta la zona de la actual Tanzania. Realizó expediciones que lo llevaron por Constantinopla y también por India y China. Más tarde y atravesando el Sahara llegó a la ciudad de Timbuktu. Tan temprano como en el siglo II el navegante chino Zhang Qian se aventuró para llegar hasta Samarcanda y Leif Eriksson, surcando el frío Atlántico, llegó a la península del Labrador solo un poco después de que para la cristiandad finalizara el místico año mil. En 1298, en una sucia celda en Génova, un tal Rustichello de Pisa dibujaba las letras de un relato que le abriría a Europa las puertas de una cultura y un territorio sobre el cual habían oído fantásticos rumores pero no conocían con la suficiente certeza. Rustichello escribe, piensa, redacta lo que su compañero de encierro le cuenta. Son mil maravillas sobre el Oriente que comienza a delinear de la siguiente forma:

Señores emperadores, reyes, duques y marqueses, condes, hijosdalgo y burgueses gente que deseáis saber las diferentes generaciones humanas y las diversidades de las regiones del mundo, tomad este libro y mandad que os lo lean y encontrareis en él todas las grandes maravillas y curiosidades de la gran Armenia y de la Persia, de los tártaros y de la India y varias otras provincias; así os lo expondrá nuestro libro y os lo explicará clara y ordenadamente como lo cuenta Marco Polo, sabio y noble ciudad de Venecia, tal como lo vieron sus mortales ojos.<sup>17</sup>

Dos siglos más tarde, en 1492, un osado navegante, financiado por la corona española, atravesó el océano Atlántico. Debió ser como cruzar el espacio para encontrarse con un nuevo mundo. Poco después, y en uno de los viajes más audaces de los que se tenga memoria, Magallanes, falto de casi cualquier forma de cordura, encontró el océano Pacífico. Juan Sebastián Elcano, con los girones que quedaron de aquella expedición, completó la circunnavegación de la Tierra. Fue el comienzo de un proceso de globalización que reveló nuevos territorios y que dio origen a un extenso y cruel proceso de conquista y exterminio. En las últimas tres centurias y guiados por una mezcla de conocimiento, osadía y a veces conquista, hombres como James Cook, Louis Antoine de Bougenville, Humboldt,

---

<sup>17</sup> Polo, M. (2016) *Descripción del mundo: el libro de las maravillas*, Verbum: Madrid. Pág 11. Primera edición: 1300.

FitzRoy, Darwin, Burton, Livingstone, Amundsen, Shackleton o Peary, revelaron los secretos de cada rincón del planeta. Finalmente ya no hubo tierras extrañas hacia donde expandir la imaginación.

De alguna forma, la exploración espacial profundizó esta perspectiva heredada de los viajeros de las últimas centurias. Vemos al nuestro como un mundo pequeño. Así lo comenta Carl Sagan:

Echemos otro vistazo a ese puntito. Ahí está. Es nuestro hogar. Somos nosotros. Sobre él ha transcurrido y transcurre la vida de todas las personas a las que queremos, la gente que conocemos o de la que hemos oído hablar y, en definitiva, de todo aquel que ha existido. En ella conviven nuestra alegría y nuestro sufrimiento, miles de religiones, ideologías y doctrinas económicas, cazadores y forrajeadores, héroes y cobardes, creadores y destructores de civilización, reyes y campesinos, jóvenes parejas de enamorados, madres y padres, esperanzadores infantiles, inventores y exploradores, profesores de ética, políticos corruptos, superstars, «líderes supremos», santos y pecadores de toda la historia de nuestra especie han vivido ahí... sobre una mota de polvo suspendida en un haz de luz solar.

La Tierra constituye sólo una pequeña fase en medio de la vasta arena cósmica.

Pensemos en los ríos de sangre derramada por tantos generales y emperadores con el único fin de convertirse, tras alcanzar el triunfo y la gloria, en dueños momentáneos de una fracción del puntito. Pensemos en las interminables crueldades infligidas por los habitantes de un rincón de ese pixel a los moradores de algún otro rincón, en tantos malentendidos, en la avidez por matarse unos a otros, en el fervor de sus odios.

Nuestros posicionamientos, la importancia que nos auto atribuimos, nuestra errónea creencia de que ocupamos una posición privilegiada en el universo son puestos en tela de juicio por ese pequeño punto de pálida luz. Nuestro planeta no es más que una solitaria mota de polvo en la gran envoltura de la oscuridad cósmica. Y en nuestra oscuridad, en medio de esa inmensidad, no hay ningún indicio de que vaya a llegar ayuda de algún lugar capaz de salvarnos de nosotros mismos.

La Tierra es el único mundo hasta hoy conocido que alberga vida. No

existe otro lugar adonde pueda emigrar nuestra especie, al menos en un futuro próximo. Sí es posible visitar otros mundos, pero no lo es establecernos en ellos. Nos guste o no, la Tierra es por el momento nuestro único hábitat. Se ha dicho en ocasiones que la astronomía es una experiencia humillante y que imprime carácter. Quizá no haya mejor demostración de la locura de la vanidad humana que esa imagen a distancia de nuestro minúsculo mundo. En mi opinión, subraya nuestra responsabilidad en cuanto a que debemos tratarnos mejor unos a otros, y preservar y amar nuestro punto azul pálido, el único hogar que conocemos.<sup>18</sup>

Sin embargo, al tiempo que parecía enclaustrar la experiencia humana, la investigación del espacio abría el camino para recuperar el espíritu de indagación que cuatrocientos años antes había empujado la mirada de Galileo Galilei hacia los cielos. En 1610, el célebre astrónomo florentino observó la superficie lunar con su telescopio para mostrarla muy distinta a como se la pensaba. A partir de sus dibujos, la Luna dejó de ser lisa y perfecta para ser vista como un mundo irregular, con planicies y profundas hondonadas. Johannes Kepler le añadió un dato fantástico e imaginó que podía estar habitada. Durante los siglos siguientes se hicieron nuevas observaciones y se levantaron mapas más detallados de su superficie. La vida en la Tierra cambiaba. Era diferente la música, la pintura y la arquitectura. Guerras y revoluciones agitaban constantemente a las gentes y a los pueblos. Comenzaba la era de la fotografía y en 1839 Louis Daguerre tomaba la primera imagen del satélite terrestre que habría de quedar fija en una emulsión química. La Luna adquiere una cierta forma de novedoso realismo. La mejora de los telescopios dará una visión cada vez más detallada de la superficie lunar. Este nuevo mundo es ahora una fuente para la inspiración artística. En la mente de los escritores del siglo XIX y principios del XX la Luna habrá de rivalizar con Marte que lleva una ventaja dado que su superficie podría estar habitada por seres inteligentes, aunque por supuesto un viaje a la Luna parece más verosímil. Por el momento no hay exploradores ni navegantes como Magallanes, Humboldt o Livingstone, solo novelistas que con sus textos estimulan la imaginación y dan el impulso primero para que los viajes, tripulados

<sup>18</sup> Sagan, C. *Un punto azul pálido. Una visión del futuro en el espacio*, Barcelona: Planeta, 1994. pág. 74.

o no, sean posibles. Serán Julio Verne con su célebre *De la Tierra a la Luna* y H.G.Wells con su obra *La guerra de los mundos*, más preocupada por una profunda crítica a los estragos del colonialismo que a estimularan los sueños vinculados al conocimiento astronómico y quienes abrirán las puertas de la imaginación para lograr la “conquista” del espacio. Aunque hoy pueda parecer en extremo ingenua la visión de Edgar Rice Borroughs sobre Barsoom (Marte) en su tiempo agitaba las mentes de una cultura seducida por su forma narrativa de corte mitológico. La Luna y Marte se abrían como los dos mundos posibles a los que los nuevos navegantes y exploradores podrían llegar. Pero las fuerzas que modelaron los viajes exploratorios hacia estos mundos finalmente no se consolidaron a partir de estas singulares pasiones por el advenimiento de nuevos horizontes o por el empuje de un intelecto contemplativo. Entre estas obras de carácter decimonónico y los viajes espaciales había emergido una sociedad marcada por dos guerras mundiales, las bombas de Hiroshima y Nagasaki y los campos de exterminio. Y sería una nueva forma de guerra la principal inspiración para ir al espacio.

Hacía ya más de un año que Yuri Gagarin había orbitado la Tierra cuando el presidente John F. Kennedy pronunció las celebres palabras que marcaron el inicio del camino hacia la Luna:

Elegimos ir a la Luna. Elegimos ir a la Luna en esta década, y también afrontar los otros desafíos, no porque sea fácil, sino porque es difícil, porque esta meta servirá para organizar y medir lo mejor de nuestras energías y aptitudes, porque es un desafío que estamos dispuestos a aceptar, que no estamos dispuestos a posponer, y que tenemos toda la intención de ganar, también a los demás.

Por estos motivos, considero la decisión del año pasado de subir el listón de nuestros esfuerzos espaciales una de las más importantes que se adoptarán durante mi ejercicio en el despacho presidencial.

En el marco de la guerra fría y en lo referente a la carrera espacial, era la Unión Soviética la que parecía llevar una ventaja significativa por sobre los Estados Unidos. Aquella década de 1960 fue la del auge del Estado de bienestar pero también una de las más difíciles en relación con la proliferación de armas de destrucción masiva. Poco después de

enunciar la necesidad de llegar a la Luna, se desencadenaría la dramática crisis de los misiles nucleares soviéticos asentados en Cuba; hecho que mantuvo en vilo al mundo por casi dos semanas. Por ello es interesante no quedarnos solo con el fragmento citado de las palabras de Kennedy que se repiten una y otra vez en cada recordatorio de la misión Apolo como si hubiesen sido dichas por un visionario redentor de su nación o, más aún, de la humanidad. Para ser más justos deberemos entenderlas en el contexto que nos ofrece todo el discurso, o su mayoría, porque en él se inscribe un relato de la historia humana donde se emula el progreso que Estados Unidos encarna y que no se debe detener ni cambiar, donde poco importan las víctimas que queden en el camino porque el futuro es el que debe ser, porque siempre será mejor que el pasado y por ello habrá que pagar los costos necesarios. Mientras se sube la apuesta por una misión lunar, también aumenta el número de efectivos militares estadounidenses en Vietnam. Algunos años después, y antes de llegar a la Luna, jóvenes norteamericanos estarán muriendo cruelmente en una guerra difícil de justificar para ellos mismos. Su ejército cometiendo asesinatos contra la población civil norvietnamita y su gobierno mintiendo una y otra vez a sus propios ciudadanos. A pesar de los hechos, lejos de quedar obsoleta esta idea del progreso se ha profundizado con el tiempo porque hoy, en el siglo XXI, ni siquiera nos contamos el cuento del desarrollo social, solo estamos enfocados y seducidos por lo que imaginamos es un avance tecnológico imparable. Recordemos entonces, con esta perspectiva crítica, lo que Kennedy sostenía el 12 de septiembre de 1962:

Nadie puede entender del todo la distancia que hemos recorrido y la velocidad a la que hemos llegado hasta aquí, pero a modo de ejemplo, si les parece, vamos a condensar los 50.000 años de la historia registrada del ser humano en un período de tan solo medio siglo. Siguiendo este ejemplo, sabemos muy poco sobre los primeros 40 años, salvo que al final de ellos los hombres avanzados habían aprendido a usar las pieles de los animales para cubrirse. Después, hará unos 10 años que salimos de las cavernas y empezamos a construir otros tipos de refugios. Tan solo hace cinco años el hombre aprendió a escribir y a usar un carro con ruedas. La cristiandad no empezó hasta hace menos de dos años. La imprenta se inventó este año y hace menos de dos meses de los 50 años que abarca esta historia humana, la máquina de vapor proporcionó una nueva

fuelle de energía.

Newton exploró el significado de la gravedad. El mes pasado empezamos a tener luz eléctrica, teléfono, automóviles y aviones. Hasta la semana pasada no desarrollamos la penicilina, la televisión y la energía nuclear, y ahora, si la nueva nave espacial estadounidense consigue llegar a Venus, habremos alcanzado las estrellas literalmente antes de la media noche de hoy.

Es un ritmo que nos deja sin aliento y que no puede por menos que crear nuevos males a la vez que disipa los antiguos: nueva ignorancia, nuevos problemas, nuevos peligros. Sin duda, las vistas que se abren al espacio prometen costes elevados y grandes penurias, así como enormes recompensas.

Así pues, no es sorprendente que algunos de nosotros prefieran quedarse como estamos un poco más y descansar, esperar. Pero esta ciudad de Houston, este estado de Texas, este país de los Estados Unidos no se ha construido entre gente que espera y descansa y desea mirar hacia atrás. Este país lo han conquistado los que avanzaron, y así es como se conquista el espacio.

William Bradford, hablando en 1630 de la fundación de la colonia de la bahía de Plymouth, afirmó que todas las acciones grandes y honorables van acompañadas de grandes dificultades, y que ambas deben emprenderse y superarse con valentía responsable.

Si esta historia resumida de nuestro progreso nos enseña algo es que el hombre, en su búsqueda del conocimiento y el progreso, está decidido y no se deja disuadir. La exploración del espacio va a continuar, participemos en ella o no, y es una de las grandes aventuras de todos los tiempos. Ninguna nación que espera ser líder de otras naciones puede plantearse quedarse atrás en la carrera espacial.

Aquellos que nos han precedido se han asegurado de que este país se situara a la cabeza de las revoluciones industriales, a la cabeza de los inventos modernos y a la cabeza de la energía nuclear, y esta generación no tiene intención de zozobrar en la estela de la era espacial que se avecina. Nuestra intención es ser parte de ella. Nuestra intención es encabezarla. Porque la mirada del mundo está puesta ahora en el espacio, en la Luna y los planetas que están más allá, y hemos jurado que no lo gobernará una bandera de conquista

hostil, sino un estandarte de libertad y paz. Hemos jurado que el espacio no se llenará de armas de destrucción masiva, sino de instrumentos de conocimiento y entendimiento.

Sin embargo, solamente podemos cumplir los compromisos de esta Nación si somos los primeros y, por consiguiente, es nuestra intención ser los primeros. En resumen, nuestro liderazgo en ciencia e industria, nuestras esperanzas de paz y seguridad, nuestras obligaciones hacia nosotros mismos y hacia los demás, exigen que todos nosotros hagamos este esfuerzo, resolvamos estos misterios, y los resolvamos para bien de todos los hombres de buena voluntad, y nos convirtamos en la nación mundial líder en la exploración espacial.

Nos hacemos a la mar en este nuevo océano porque existen nuevos conocimientos que obtener y nuevos derechos que ganar, que deben ganarse y utilizarse para el progreso de todos los pueblos. Porque la ciencia espacial, al igual que la ciencia nuclear y toda la tecnología, carece de conciencia propia. Que se convierta en una fuerza de bien o de mal depende del hombre, y solamente si los Estados Unidos ocupan una posición predominante podremos ayudar a decidir si este nuevo océano va a ser un mar de paz o un nuevo y terrorífico escenario de guerra. No digo que debemos o vayamos a luchar desprotegidos contra el uso indebido y hostil del espacio, de la misma forma que no luchamos desprotegidos contra el uso hostil de la tierra o el mar; lo que sí digo es que el espacio se puede explorar y controlar sin alimentar la llama de la guerra, sin repetir los errores que el hombre ha cometido al extender su mandato sobre este planeta nuestro.

Por el momento, no existe ningún tipo de contienda, ningún prejuicio, ningún conflicto nacional en el espacio exterior. Sus peligros son hostiles para todos nosotros. Su conquista se merece lo mejor de toda la humanidad y la oportunidad que nos ofrece de cooperar pacíficamente podría no volver a presentarse. Pero, preguntan algunos, ¿por qué la Luna? ¿Por qué elegimos esta meta? Y de la misma forma podrían preguntar, ¿por qué escalamos la montaña más alta? O, hace 35 años, ¿por qué cruzamos el Atlántico en avioneta? ¿Por qué [un equipo pequeño como] Rice consigue jugar [en igualdad de condiciones contra el] Texas[, uno de los más

importantes]?

Elegimos ir a la Luna. Elegimos ir a la Luna en esta década, y también afrontar los otros desafíos, no porque sea fácil, sino porque es difícil...<sup>19</sup>

Hay en las ideas enunciadas por Kennedy un profundo sentido religioso de salvación ya no sostenido en la oración sino en la obra tecnológica que, sin embargo, parece estar lejos de promover la cooperación pacífica entre las naciones que con tanto cuidado enuncia. De hecho el proyecto Apolo hunde sus raíces en programas militares vinculados al desarrollo de misiles durante la Segunda Guerra Mundial, y con posterioridad, al conflicto de Corea.

Quien mejor ejemplifica esta amalgama militar-religiosa es Werner von Braun, “padre” intelectual del cohete Saturno V que impulsó al Apolo 11 hacia la Luna. Cuando era un joven de trece años Von Braun recibió como regalo para su confirmación un telescopio. Años más tarde recordó el significado de aquel obsequio con las siguientes palabras: “mirar no solo a la Luna y a los planetas a través del telescopio, sino elevarse a través de los cielos y explorar realmente el universo misterioso. Así sabría como se había sentido Colón”. Como le sucediera a muchos exploradores e inventores, hubo un particular libro que empujó su interés y creatividad con la finalidad de hacer real los viajes al espacio. Se trata del trabajo de Hermann Oberth que originalmente fuera su tesis doctoral pero que el rígido sistema académico alemán no pudo convalidar. El libro de Oberth llevaba un título simple y preciso, sin ningún juego metafórico, *Die Rakete zu den Planetenräumen (El cohete hacia el espacio interplanetario)*, porque se trataba de dar un verdadero impulso al desarrollo de los viajes al espacio. De hecho esta situación aparece reflejada en la película *Frau im Mond (La mujer en la Luna)* en la que Oberth tuvo un lugar significativo como asesor. Allí el profesor Georg Manfeldt es desacreditado por sostener que la Luna tiene oro en su corteza y que podría ser explotada comercialmente. A pesar de estar sumergido en la pobreza, se vincula con un empresario e ingeniero espacial que considera viable el viaje a la Luna. La película, la última de la etapa de cine mudo del director Fritz Lang, abunda en una cantidad importante de datos sobre los aspectos técnicos que harían

<sup>19</sup> [https://www.abc.es/ciencia/abci-elegimos-luna-porque-dificil-discurso-integro-john-kennedy-201907200635\\_noticia.html](https://www.abc.es/ciencia/abci-elegimos-luna-porque-dificil-discurso-integro-john-kennedy-201907200635_noticia.html)

posible tal viaje y lo hace no solo como una cuestión de verosimilitud, sino como convicción de que tarde o temprano se habrá de realizar la travesía atendiendo específicamente a algunas de esas consideraciones instrumentales. Por supuesto que la trama deriva en una fantasía poco creíble tras la llegada a la Luna, pero la película apuesta a sostener el valor de ciertos relatos, más allá de su veracidad como forma de mantener el interés del público. En este sentido es una apuesta a favor de la divulgación científica como condición para el desarrollo de la propia ciencia.

El joven Von Braun, como era inevitable para quien estuviese interesado en la problemática la exploración espacial, comenzó a colaborar con Oberth. Con su madurez en este campo comprendió que la única forma real de poder hacer viajes al espacio era vincular esta empresa a proyectos militares. A comienzos de la década del 1930, incluso antes de los nazis se hagan con el poder en Alemania, comenzó a trabajar para el ejército en el desarrollo de cohetes misilísticos. Más tarde se enrolará en las SS obteniendo el cargo de comandante. De esta forma se concretaba su visión sobre el vínculo entre el desarrollo de la exploración espacial y los intereses del ejército, cuestión que, en definitiva, marcaría de manera profunda toda la carrera por llegar a la Luna. Por mucho que lo intentemos es difícil imaginar a Von Braun, como quiso verse a sí mismo alguna vez, como un desinteresado explorador que revela nuevos mundos. Trabajó, durante la Segunda Guerra Mundial, en el desarrollo de los llamado cohetes V2 utilizando para ello mano de obra esclava proveniente de los campos de concentración. Von Braun era un hombre pragmático poco vinculado a las raíces profundas del nacionalsocialismo y por ello frente a la perspectiva de la derrota de Alemania, planificó su entrega a los Estados Unidos, donde finalmente se lo desnazificó y se le otorgó un lugar prominente en el desarrollo de misiles. Aunque era luterano de formación, no había tenido un vínculo religioso profundo hasta los inicios de su vida en Estados Unidos. Allí, en Texas, encontró una nueva fuente de inspiración de carácter místico según la cual el propósito de Dios es “enviar a su Hijo a otros mundos para llevarles el evangelio”. Es interesante destacar la síntesis del historiador David Noble sobre la figura de Von Braun porque nos permite pensar sobre muchas de las razones que hicieron posible la llegada del hombre a la Luna y que, en efecto, están poco vinculadas a la visión idealista de la famosa frase pronunciada por Neil Armstrong al abandonar la escalerilla del modulo lunar para posar sus pies sobre un suelo que no era

terrestre. Según Noble:

Se puede afirmar que Wernher Von Braun era un oportunista que trajo la muerte, si es que se necesitaba, en el nombre y con el objetivo determinado de la trascendencia extraterrestre. De este modo se convirtió en un guerrero de la construcción de cohetes del Tercer Reich y, en ese proceso, en miembro del partido nazi y en un oficial de las SS. De esta forma, posteriormente fue arquitecto del arsenal de misiles balísticos de largo alcance del ejército de Estados Unidos y, en el proceso, un renacido cristiano patriótico. Sin embargo, y a pesar de que sus pronunciamientos religiosos a veces se han visto como un tanto impostados, es bastante probable que sus creencias tardías fueran auténticas.<sup>20</sup>

Conocemos el final de la historia. En 1963 John Kennedy es asesinado en Dallas. Poco después Estados Unidos entra de pleno en la guerra de Vietnam. El gobierno norteamericano financia diferentes proyectos de exploración espacial para que los astronautas americanos sean los primeros en pisar la Luna. El 20 de julio de 1969 el módulo lunar de la misión Apolo 11 se posa sobre suelo selenita y Neil Armstrong y Buzz Aldrin se convierten en los primeros hombres en caminar sobre una superficie que está más allá de la Tierra. Las huellas de estos dos astronautas dejadas en el polvo lunar nos remiten a dos preguntas que no podemos dejar de formular. La primera nos obliga a una reflexión acerca de quién llegó a la Luna, ¿La humanidad o una nación en particular? Tal vez deberíamos reformular la pregunta anterior e intentar decidir si fue un país o solo una parte de él. Por supuesto podríamos preguntarnos por el lugar de la mujer. La primer astronauta norteamericana en viajar al espacio exterior fue Sally Ride y lo hizo en 1983 en una misión del transbordador Challenger. La Unión Soviética, tal vez con fines propagandísticos, promovió el vuelo en 1963 de la cosmonauta Valentina Tereshkova. Luego hubo que esperar hasta la década de 1980 para que otra mujer soviética pudiese ser parte de una misión espacial. Es interesante regresar a la película de Fritz Lang cuyo título era más que elocuente: *Una mujer en la Luna*. Es probable que este sesgo se haya debido a la autora del guión Thea von Harbou. La segunda cuestión nos obliga a considerar los significados sociales de la llegada de

---

<sup>20</sup> Noble, D. F. La religión de la tecnología. La divinidad del hombre y el espíritu de invención. Barcelona: Paidós, 1999. pág. 158

seres humanos a la Luna. Medio siglo después de que el módulo lunar despegase para traer de regreso a Armstrong y Aldrin poco parece quedar de aquel entusiasmo exploratorio con el que se diluía la motivación militar del proyecto y se auguraba un futuro más venturoso para los hombres y la mujeres de la Tierra. Hoy deberíamos reformular aquella grandilocuente expresión de Armstrong cuando afirmó: “es un pequeño salto para un hombre pero un gran salto para la humanidad”. Debemos preguntarnos, ¿fue un gran salto para la humanidad?

Cuando se abrieron los paracaídas del módulo de descenso del Apolo 11 señalando el fin exitoso de la misión, el año dos mil, con su singular atractivo, cimentaba la imaginación sobre el mundo futuro. A pesar de la guerra fría, del conflicto en Vietnam y de las tensiones sociales en diversas partes del planeta, las décadas por venir se veían con cierto optimismo: Las perspectivas que emergían de un capitalismo regido por el Estado de bienestar daban lugar a la esperanza de poder consolidar muchas mejoras sociales en muy diferentes países. Con el mismo ímpetu, el cielo parecía expandirse, lo que hacía suponer, con cierto candor, que el espacio estaba abierto para que exploremos en él nuevos mundos, incluso que nos asentemos en ellos. Aunque la Tierra seguiría siendo nuestro hogar podríamos ir a otros sitios con la ilusión de poder regresar. Pero en 1973 vibró la primera alarma con la crisis del petróleo. Poco después Ronald Reagan y Margaret Thatcher nos prometían el mejor de los mundos posibles bajo la condición de darle la espalda el Estado de bienestar lo que derivó en un aumento de la brecha entre los sectores más pobres y los más ricos que a su vez pasaron a ser una minoría cada vez más selecta. El mismo año en que la misión Apolo llegó a la Luna se creaba ARPANET, una red informática promovida por el departamento de defensa de los Estados Unidos con la finalidad de vincular diferentes organismos e instituciones. En la década del 90 se desarrollaba el protocolo de la World Wide Web. Nacía Internet, era el despliegue de una enorme revolución tecnológica que terminó por cerrar el cielo porque nuestra mirada dejó de expandirse hacia los confines del cosmos para fijarse en las pantallas, cuestión que trastocada todo el mundo vincular humano. Por otra parte el cielo empieza a estar poblado cada vez con mayor intensidad por satélites con fines comunicativos, es una perfecta metáfora del ocultamiento a la experiencia humana de aquellos mundos a los cuales, hace tan solo unas pocas décadas atrás, debíamos intentar llegar. ¿Fue un gran salto para la humanidad?

Hoy no lo parece, pero este tipo de preguntas no tienen una respuesta definitiva. Algo de aquel sueño exploratorio permanece y cada tanto se agita la idea de volver a la Luna. Poco importa lo realista de tal afirmación, al menos debería servirnos para cuestionar nuestra ilusión actual sobre las maravillas de los mundos virtuales que creamos mientras cerramos los ojos frente a cuestiones ambientales de suma urgencia. Es interesante al respecto considerar las palabras de Clara Moskowitz, editora de la revista *Scientific American*:

Sin la Guerra Fría, la misión Apolo 11 jamás habría tenido lugar. La necesidad de derrotar a la URSS y de proclamar la superioridad tecnológica de EE.UU hizo que en 1966 en el apogeo de la carrera espacial, la NASA se llevase el 4,5 por ciento del presupuesto nacional estadounidense. Sin embargo, después del primer alunizaje, la agencia nunca volvió a recibir más del 2 por ciento, una cantidad que desde 2010 se ha visto reducida al 0,5 por ciento anual.

Hoy, el prestigio nacional no es un incentivo suficiente para que un país acometa por sí solo la exploración del espacio: Si la humanidad quiere volver a viajar a otro cuerpo planetario tendrá que hacerlo unida.<sup>21</sup>

Pero qué significa humanidad, esa abstracción poco precisa en un mundo volcado a una guerra comercial global. Con la mayor concentración de la riqueza que el mundo moderno haya visto en muy pocas manos. Con un individualismo cruel que las grandes empresas y la propia tecnología de la información no dejan de promover. Con una crisis ambiental que no se enfrenta con la resolución necesaria y con el ideal del transhumanismo rozándonos los talones. Debemos preguntarnos una vez más qué significa humanidad y quién es el que ha dado una gran paso en la Luna en la década de 1960.

Podemos ir a la Luna, hay empresas que proponen explotar recursos minerales tal como en algún momento se planteó de manera en extremo fantasiosa en la película *Una mujer en la Luna*. Pero algo es claro, podemos ir a la Luna pero no podemos regresar. El mundo ha cambiado de

---

<sup>21</sup> Moskowitz, C., (2019) Un pequeño paso atrás en el tiempo, *Investigación y ciencia*, N.º 514, págs. 20-21

una manera profunda e inesperada y debemos preguntarnos una vez más como le ocurriera a Ulises en la Odisea cuando se le ofreció la inmortalidad a cambio de no volver a su tierra ¿Qué deseamos? En esta era de liberación, hedonismo y permisividad, cuando hablamos de ir a la Luna, ¿cuál es nuestra esperanza? ¿Que ilusiones nos movilizan? ¿Qué sueños, si es que efectivamente ambicionamos alguno, anhelamos anclar en su rocoso suelo?

# Man on the Moon

Breve historia de la llegada a la Luna  
en la literatura y el cine

**Matías Carnevale**

*Todo lo ves, y todos los mortales,  
cuantos en el mundo habitan,  
en busca del alivio de sus males,  
tu blanca luz solicitan.*

*Unos para consuelo de dolores,  
otros tras de ensueños de oro  
que con vagos y tibios resplandores  
vierte tu rayo incoloro.*

*Y otros, en fin, para gustar contigo  
esas venturas robadas  
que huyen del sol, acusador testigo,  
pero no de tus miradas.*

“La Luna”, Rosalía de Castro

## La utopía celeste

No solo el mar horizontal atrae, sino también el vertical sobre nuestras cabezas. El espacio aéreo ha sido, es verdad, inaccesible durante largo tiempo, pero, en cambio, era transparente y no ocultaba lo que se hallaba tras de él. Y no lo oculta, sobre todo durante la noche, cuando innúmeras costas luminosas diminutas aparecen. Y hay un antiquísimo deseo de navegar estas costas, de desembarcar en ellas. Este deseo ha sido, hasta ahora, sin duda, más desbordante que lo fue el de Colón, aunque siempre menos mítico. Eso sí, roza el antiguo arquetipo según el cual las estrellas eran residencia de seres mejores. Lo que atrae a las alturas no supone -en su forma secularizada actual- ni siquiera la existencia absoluta

de habitantes de las estrellas. Para la atracción del espacio universal basta, de una parte, que el hombre se imagine como visitante de estos cuerpos lejanos y encontrando en ellos, si no las cosas más perfectas, sí cosas más extrañas.

Ernst Bloch

En estos términos comentaba Bloch sobre los sueños utópicos de exploración espacial que dominaron las primeras décadas del siglo XX, estableciendo una conexión entre la navegación marítima que llegó a su punto cúlmine (o le dio un impulso todavía mayor) en el s. XV con la llegada de Colón a América.

Respecto de la ilusión humana de imitar el vuelo de otras criaturas, Jorge Luis Borges, en *Atlas*, luego de una mañana de vuelo en globo aerostático, observó que “Como lo demuestran los sueños, como lo demuestran los ángeles, volar es una de las ansiedades elementales del hombre.” Pese a tratarse de un erudito intachable en su conocimiento de los mitos clásicos, Borges en esta cita parece haberse olvidado de Ícaro, aunque la elección de “ansiedades” matiza la carga denodadamente optimista y casi altanera que implica el vuelo para nuestra especie, bípedos implumes.

Un recorrido superficial por la actualidad de los estudios sobre ciencia ficción y utopía señala que es necesario recobrar aquellas ideas motivadoras que pusieron en marcha el *progreso* de la humanidad. El slogan de estas perspectivas respecto de la ciencia y el lugar que debería ocupar en las sociedades humanas parece ser “¡Ya basta de tanta distopía! Debemos avanzar”. Para la comunidad científica global, el nuevo punto de acuerdo (¿o disputa?) parece encontrarse otra vez en el espacio exterior: consideremos el sueño chino de poner un hombre en la Luna, acompañado por el relativamente reciente descubrimiento y la fascinación de Occidente por la ciencia ficción china. El brote de algodón marchito implica mucho más que una prueba fallida; puede leerse como una advertencia acertada respecto de nuestro propio mundo, considerando que China es uno de los países que ha fallado en cumplir los distintos acuerdos redactados para la reducción de emisiones contaminantes. Por otra parte, pensemos en el sueño (privado) israelí de un alunizaje con la Estrella de David como estandarte, sonda que acabó por estrellarse. La Luna, tan cercana, tan distante, permanece como una amante seductora pero ingrata.

En ocasión del cincuentenario del alunizaje no son pocos los recordatorios que se han producido. Para mencionar solo un puñado: el editor y antologista estadounidense Neil Clarke ha publicado *The Eagle Has Landed: 50 Years of Lunar Science Fiction*, en donde eligió un puñado de relatos con trasfondo lunar para conmemorar la llegada a la Luna, y el físico y empleado de la NASA Eduardo García Llama acaba de publicar *Apolo 11: La apasionante historia de cómo el hombre pisó la Luna por primera vez*, un texto del todo apologético respecto del programa espacial norteamericano. Baste considerar dos o tres citas de este último libro como muestra, en particular la que García Llama elige como epígrafe, tomada de *El espejo del mar*, de Joseph Conrad: “El que deliberadamente emprende la búsqueda de la aventura no sale sino a recoger cáscaras vacías, a menos, en efecto, que sea un elegido de los dioses y grande entre los héroes.” Al parecer, García Llama no leyó *El corazón de las tinieblas*, también de Conrad, alegato antiimperialista llevado al cine luego por Francis Ford Coppola, adaptado al contexto de la guerra de Vietnam. Detrás del barniz romántico de la gesta científica, como ya ha sucedido en el siglo XIX en nuestro planeta, el viaje espacial y la posterior colonización de satélites o planetas cercanos ofrece una oportunidad jugosa para el espíritu emprendedor, siempre ávido de encontrar nuevos mercados, como volveré a comentar más adelante respecto del film *Luna Cero Dos*.

Pero, ¿cómo llegamos a este estado de las cosas? Un repaso por algunos textos literarios, religiosos, cinematográficos y de divulgación puede ayudar a esclarecer el asunto, en un campo minado de certezas, esperanzas, dudas y conflictos. No siempre la utopía ha sido refugio de las almas más excelsas ni la distopía el sitio desde donde se impide el avance de la humanidad.

## Ciencia y ficción para las masas

En el prólogo de Arthur C. Clarke a *Exploración del espacio*, parte de la “Biblioteca de Divulgación Científica” de *Muy interesante*<sup>22</sup> el renombrado escritor de ciencia ficción y divulgador observaba que “Quien crea que al hombre de la calle no le interesa el espacio, hace muchos años que

<sup>22</sup> Barcelona: Ediciones Quarto, 1985, distribuido en Argentina por Hyspamerica en 1986, coincidentemente año del desastre del trasbordador Challenger y del paso del cometa Halley, eventos ambos de dimensiones cósmicas.

no va al cine. El éxito espectacular de películas recientes sobre el espacio<sup>23</sup> y los viajes interestelares representa mucho más que una moda pasajera de la industria del ocio. Constituye una respuesta a uno de los instintos humanos más arraigados y esenciales: el deseo de explorar, de descubrir las maravillas del universo...” (p. 10). En 1950, Clarke ya había puesto de forma grandilocuente y determinante las posibilidades respecto del futuro de la humanidad: “Las únicas opciones... son el universo o la nada.” En esta última cita, Clarke sigue la línea de H.G. Wells y Olaf Stapledon, quien, bajo el influjo del autor de *La máquina del tiempo*, imaginó en *La última y la primera humanidad* la expansión de las civilizaciones hacia límites impensados, en un lapso de varios millones de años. Aquí vemos cómo la ficción especulativa ha impregnado las motivaciones de la ciencia dura por al menos un siglo.

## Swami Prabhupada, el gurú escéptico

El gurú indio AC Bhaktivedanta Swami Prabhupada —fundador del movimiento Hare Krishna en Nueva York, donde cautivó la mente de miles de jóvenes hippies, desencantados con el mundo materialista y belicista de sus padres— dedicó su tratado *Viaje fácil a otros planetas a “los científicos del mundo”*. En dicho libro, para establecer la superioridad de su método de *bhakti yoga*, la unión mística del alma con Krishna, el nombre de Dios con la mayor potencia espiritual, Prabhupada denosta a otras variantes de prácticas orientales a la vez que insiste en la realidad de la existencia de seres lunares y en la falsedad y futilidad de los programas espaciales, porque todo, excepto lo que él denomina la “partícula antimaterial” —el alma— es inmortal, está sujeto a destrucción. Pese a que Chandraloka, la morada del semidiós Chandra, la Luna, es uno de los mundos más excelsos en su compleja cosmogonía, eventualmente la vida de los seres allí, incluso con la multitud de placeres que se le ofrece a quien reencarna en ese planeta (no es considerado un satélite, al parecer) llega a su fin. Según Prabhupada, “En los planetas elevados del mundo material, los *yogis* pueden disfrutar de vidas más cómodas y más placenteras por

<sup>23</sup> Sin contar con un contexto más específico, uno especularía que Clarke se refiere a las primeras tres entregas de *Star Wars* (197, 198, y 1983), *Alien* (1979) o *Encuentros cercanos del tercer tipo* (1977), dada su enorme popularidad entre el público masivo.

cientos de miles años, pero la vida en esos planetas no es eterna”. (p. 15)

La incredulidad del gurú respecto de los viajes espaciales tiene un sustento de fe con cierto sentido común. Prabhupada sostenía que la atmósfera de cada planeta está adecuada para cada forma de vida que se desarrolla allí (así, los habitantes del Sol tendrían cuerpos de fuego), de manera que los terráneos no podrían encontrar vida en la Luna por no tener los sentidos adaptados a la atmósfera del planeta. En contraposición, el alma, en tanto creación divina, es tan poderosa, señala Prabhupada, que puede viajar a cualquier lado del universo sin necesidad de tecnología de soporte.

Resulta llamativo que el gurú cuestionara en términos fortísimos el programa espacial, resultado de una “ciencia materialista”, producida a su vez por “pendencieros del materialismo burdo” (p. 1) Prabhupada observa que occidente, en su marcada adhesión a la producción tecnológica, estaba fallando el camino, “al borde de la aniquilación” nuclear (p. 39), y que el proceso de investigación científica de más de una década que culminó en la Apolo XI no representaba “adelanto en el conocimiento”, ya que miles de personas han viajado a la Luna con métodos soslayados por la ciencia moderna pero ya conocidos para la civilización védica de la India.

Ya sea que consideremos al gurú un tipo poético, fabulador, negador o un hombre de convicciones firmes, logró inculcar en la mente de sus seguidores que la Luna es uno de los mundos celestiales, una utopía sacra, al que nadie ha podido llegar con naves espaciales pero sí con métodos místicos.

## **Kurt Vonnegut Jr., el humanista**

“He sido llamado un ludita”, bromea y confiesa Vonnegut, quien fuera erigido paladín de la contracultura durante los años sesenta y setenta. Vonnegut es un caso extraño en la literatura norteamericana: no tuvo educación formal en letras, trabajó para la General Electric, donde se codeaba con los estereotipos más ubicuos de científicos a/antisociales, pero también recibió su Maestría en Antropología en la Universidad de Chicago, por su agudo poder de observación. Nunca fue del todo condenatorio con la religión, ni tampoco fue cientificista. De hecho, la

imbecilidad y el engrimiento del último colectivo le dio material para más de un personaje. En ocasión de un discurso en la Sociedad Estadounidense de Física en 1969, Vonnegut dedicó unas pocas líneas elogiosas a su hermano, Bernard, quien desarrolló una tecnología para sembrar lluvia con hielo seco o yoduro de plata, pero también consideró que las nuevas generaciones de científicos, al recibir instrucciones de los militares para producir napalm, deberían sospechar que están “cometiendo un pecado moderno” (*Wampeters, Foma & Granfaloons*: 104, traducción propia) Esta compleja trama de encuentros y desencuentros ideológicos formó a uno de los escritores más interesantes de la segunda mitad del siglo pasado.

Respecto de la llegada a la Luna, Vonnegut es una voz más de un coro polifónico que alzó sus voces en contra de la utilidad de la Apolo XI, hecho que le valió una breve aparición en el film *El primer hombre en la Luna* (*First man*, 2018). El escritor, en el libro citado, observa que es un despropósito el gasto de 33 billones de dólares empleado en la carrera espacial, dinero que podría haber sido usado en “limpiar las colonias aquí en la Tierra” (82). A Vonnegut la idea de ensalzar a los astronautas como héroes tampoco lo entusiasmaba mucho: según él, “todos los terrícolas son mis queridos colegas astronautas”, con el planeta como nave.

## **Entre la fantasía, el heroísmo, la advertencia moral y la conspiración: el viaje a la Luna en el cine**

Además de las ya clásicas <sup>24</sup>*Viaje a la Luna* (1902, Méliès), que cruza textos de Verne y Wells, *Viaje a la Luna* (*Destination Moon*, 1950, Irving Pichel), con guión de Robert Heinlein y con el Pájaro Loco como divulgador científico, y *Los primeros hombres en la Luna* (1964, Nathan Juran), basada explícitamente en la novela homónima de Wells, he considerado un número de películas de distintas épocas y geografías

---

<sup>24</sup> El término “clásico” en una producción artística es susceptible de ser problematizado. En la acepción que he adoptado, se trata de films cuyo nombre suscita algún tipo de reacción en quien escuche el título, ya sea porque ha leído el libro en el que se basó la película o por fama. El film de Méliès tiene el mérito de ser estudiado en varios ámbitos académicos como ejemplo temprano de las posibilidades del cine.

como corpus para este artículo. Como en todo listado, faltarán casos, pero valga como muestrario de más de un siglo de films relacionados con viajes espaciales.

*Los elegidos de la gloria* (*The Right Stuff*; Kaufman, 1983) pone en relieve la dimensión intrapersonal del viaje espacial: en un collage visual/sonoro vemos un fulgor de chispas cósmicas que se mezclan con un primigenio fuego terrenal. En el film *La luna en directo* (*The Dish*, 2000) existe una escena similar. Los aborígenes australianos de ambas películas parecen poseer un conocimiento ancestral respecto de los viajes interplanetarios, por lo que los avances tecnológicos no logran conmovierlos. Tal vez la mayor influencia al respecto se la debemos a *2001*. En *Moonwalk One* (Theo Kamecke, 1971), el film también comienza con imágenes de un sitio prehistórico—Stonehenge—con sus enigmáticos monolitos, ambientadas con música ominosa, a lo que se le intercala la gigantesca oruga que transportó al Apolo XI hasta su plataforma de lanzamiento. El documental da lugar a los 3 billones de personas que siguieron su rutina diaria el 20 de julio de 1969 tal como lo hicieron sus antepasados, en un claro contraste entre una sociedad norteamericana hipertecnológica y otra en África y Asia, que vive de acuerdo a sus raíces con la tierra. Para el campesino Masai, la cohorte de pantallas y técnicos con camisas blancas y auriculares probablemente no haya significado nada trascendente. El contrapunto es más evidente en lo discursivo: algunas voces en off declaran que el alunizaje “es un milagro”, algo “fabuloso para todo el mundo”. En entrevistas hechas a transeúntes, otras voces discrepan: “Es un planeta celestial puesto ahí por Dios”, observa alguien; “Debieron usar ese dinero en otras cosas”.

*El primer hombre en la Luna* es uno de los pocos films relacionados con el alunizaje que pone en tensión la circunstancia en la que se desarrolló el programa espacial. Aunque de manera breve, Chazelle elige contar los conflictos que tenían lugar dentro y fuera de los Estados Unidos, más allá del entorno familiar inmediato de los astronautas y de Neil Armstrong en particular: la guerra de Vietnam, la quema de cartas de reclutamiento y los choques raciales. Es en este contexto—que se puede contraponer a la imagen límpida de la historia norteamericana que ofrece *Apolo XIII*, por ejemplo—que el poeta y activista Gil Scott Heron escribió “Whitey on the Moon” (“Blanquito en la luna”<sup>25</sup>), una pieza poética/musical contestataria:

<sup>25</sup> Traducción propia. En algunos de los versos del original hay líneas que riman—he sacrificado cuestiones técnicas propias de la traducción para dar una versión

Una rata mordió a mi hermana Nell  
(con Blanquito en la Luna)  
Su cara y sus brazos comenzaron a hincharse  
(y el Blanquito está en la Luna)

No puedo pagarle al doctor  
(pero el blanquito está en la Luna)  
De acá a diez años seguiré pagando  
(mientras el blanquito está en la Luna)

Me subieron el alquiler anoche  
(porque el Blanquito está en la Luna)  
No tengo agua caliente, baño, ni luces  
(pero el Blanquito está en la Luna)

Me pregunto ¿por qué me suben el alquiler?  
(porque el Blanquito está en la Luna)  
Ya les estaba pagando cincuenta a la semana  
(con el Blanquito en la Luna)

Los impuestos se comen toda mi plata  
Los drogonos me saturan los nervios  
el precio de la comida se va para arriba  
y como si todo eso no fuera suficiente  
El Blanquito está en la Luna.

## El jardín de las delicias lunar

---

aproximada de lo que dice la letra.

*Nude on the Moon* (1961), dirigida por Doris Wishman<sup>26</sup>, es una fantasía erótica *light* que tiene como excusa un viaje a la Luna y pone en escena el sueño milenario de un paraíso carnal en nuestro satélite. Un par de científicos estereotipados (su trabajo de experimentación consiste, desde luego, en pasar horas enteras manipulando tubos y probetas) descubre la forma de viajar a la Luna sin más esfuerzo que el que requiere tomar un avión hacia otra ciudad. Sin mayor elaboración, la narrativa oscila entre la defensa férrea de la soltería del científico más joven, en pos de la investigación, y la llegada a la Luna. Allí, los cosmonautas descubren que la atmósfera es similar a la nuestra (los paisajes son curiosamente parecidos a cualquier quinta del estado de Florida, donde se filmó) y que sus trajes no son necesarios en ese ambiente favorable.

El hallazgo más notable, sin embargo, es el de vida inteligente. Todos los habitantes de la Luna andan desnudos<sup>27</sup> y obedecen a una voluptuosa Reina lunar, que comunica sus deseos por telepatía. El descubrimiento de esta forma de comunicación por parte de los terrícolas y su posterior explicación hablan de lo obvio del film: “Deben ser las antenas”, dice uno de ellos.

En su búsqueda de material lunar que sirva como muestra geológica de la expedición, los cosmonautas se topan con la Reina. Nuevamente, una línea de diálogo servirá para medir la catadura artística del film: “Creo que tu gente es muy amistosa”. Desde luego, no se espera gran sofisticación en los diálogos del cine erótico o la pornografía, pero en este caso rozan la comicidad. Por su parte, el científico más añoso, el Profesor Nichols, es objeto de la curiosidad casi infantil de tres selenitas que estudian su traje espacial, su casco y su fisonomía en general. El Profesor increpa a su compañero por actuar como un estudiante de secundaria, para recibir como respuesta: “¡Oh, me siento como un muchacho!”. El Profesor, serio, le recuerda que son científicos, y que están en una misión de exploración,

---

<sup>26</sup> (1912-2002) Directora estadounidense con más de treinta films perpetrados, varios en co-producción con su pareja. Su carrera abarcó tanto el erotismo liviano como la pornografía más dura. Vale destacar dos o tres títulos sugerentes: *Diario de una nudista* (1961), *The Amazing Transplant* (1970) y *Satan Was a Lady* (1975). Eventualmente recibiría el espaldarazo de otros directores del underground norteamericano como John Waters.

<sup>27</sup> La desnudez de los habitantes lunares es parcial, solo de los torsos, al igual que las imágenes ubicuas de ciertas tribus aborígenes.

aunque el mismo Profesor, en sus supuestos estudios etnográficos también se complazca en ejercer el voyeurismo interplanetario.

Las mujeres selenitas se dedican a retozar, jugar, bañarse y descansar. Pareciera que es el ámbito ideal para una suerte de matriarcado kitsch: un muchacho lunar aparece golpeando una chapa de hierro, como en una forja, y es el único trabajo que parecen tener los hombres. Volvemos a ver a los niños desnudos, con su madre en el medio. En este caso la desnudez tiene bastante de inocencia edénica: es un jardín de las delicias lunar.

Jeff, el científico más joven, acaba enamorándose de la Reina. Desea quedarse en la Luna, pero el oxígeno se les está terminando, de manera que ella lo duerme con un pase de magia. Ambos regresan a la nave, con la cordialidad de los selenitas, que los saludan al partir. El pobre muchacho se entera dentro del cohete, en un viaje a la Tierra que solo dura unas pocas horas, que olvidó su cámara en la Luna. Ya en su laboratorio, lamenta su suerte. Recibe una llamada del Profesor, quien le cuenta que no tendrán otra expedición por no haber aportado pruebas al Pentágono; fotos, rocas, nada. Ni siquiera está seguro de haber ido a la Luna. Para fortuna del joven, su secretaria es exactamente igual a la Reina lunar; al final, todo lo que estaba buscando en la Luna lo encontró en este planeta.

## El CEO lunar versus el mercenario espacial

El próximo film que he considerado es (*Moon Zero Two*, 1969), resultante de la productora inglesa Hammer, renombrada por sus películas de terror. Se trata de una fantasía lunar *a-go-go* estrenada en el mismo año del alunizaje; fue la película con mayor presupuesto de la Hammer.

Los viajes a Marte y Venus, en 2021, son cosa cotidiana. La luna tiene ciudades humanas y un monorriel, pero su gravedad es 1/6 de la nuestra y no hay aire ni vegetación, lo que lleva a uno de los personajes a declarar “*My God, it’s so bleak!*” (¡Dios mío, cuánta desolación!), que replican las palabras del astronauta Bowman en *2001*: “*My God, it’s full of stars!*” (¡Dios mío, está lleno de estrellas!) Se trata de una mezcla entre *2001*, capitalizando su popularidad, y los films de James Bond.

El capitán Kemp, eximio piloto y pionero en la exploración

espacial, se halla de paso en la Luna. Su nave corre riesgo de estallar en el próximo viaje, de manera que las autoridades planetarias le prohíben volar. En medio de un baile exótico con música latina, nos enteramos que la humanidad se halla más o menos unida gracias al viaje espacial. El trago que le sirven a Kemp en el bar se llama “*Pampas ponch*”, su acompañante tiene acento ruso, el último piloto que murió estrellado tenía apellido alemán... Esto, de nuevo, parece ser una alusión a la cordialidad existente entre rusos y americanos en la base espacial que pergeñó Kubrick, pese a las sospechas y a la información que se ocultan las potencias entre sí.

El omnipotente señor Hubbard, parodia de los villanos de James Bond—que a su vez tienen mucho de paródicos—juega *Moonopoly* con sus súbditas. El dinero que pierden en el juego es debitado de sus salarios reales. Hubbard es un magnate que controla los medios de transporte interplanetarios y aún en la Luna, y concibe el plan de recuperar un asteroide, de incalculable valor, hecho de zafiro. Para ello necesita la pericia de Kemp, quien, a regañadientes, se pone a su disposición.

Como se ha observado, el film pertenece al ¿género? western espacial (al igual que *Batalla más allá de las estrellas*, 1980) y como tal explota uno de los conceptos más reiterados en las películas de vaqueros: la fiebre del oro. En este caso, el zafiro que pretende apropiarse Hubbard tiene una importancia fundamental para los viajes espaciales. Como la Wells-Fargo del siglo XIX, las empresas del CEO determinan las condiciones de vida (comunicaciones, transporte) en un lugar inhóspito.

En dos milenios (o más, según la tradición de la India) de literatura y en poco más de cien años de cine se ha forjado el sueño de viajar a y colonizar la Luna, cuerpo celeste más cercano y sitio que aloja las fantasías más salvajes de la humanidad. La conquista de “una magnífica desolación”, y la continuación del gran paso vuelven a cobrar relevancia hoy, cincuenta años después del alunizaje, en un contexto de intensos conflictos intra e internacionales, tal vez más complejos que los de 1969.

# Índice

## **¿Quién llegó a la Luna?**

La conquista (y el desarrollo tecnológico) como relato épico

**Marcelo Rodríguez**

## **Odissea**

Un regreso imposible

**Eduardo Wolovelsky**

## **Man on the Moon**

Breve historia de la llegada a la Luna en la literatura y el cine

**Matías Carnevale**